

Un Regalo de Navidad



Mary Heathcliff

UN REGALO DE NAVIDAD

Serie Amor en Navidad, 1

Mary Heathcliff

© 2009. All rights reserved / Todos los derechos reservados.

Autor: Mary Heathcliff

mary.heathcliff@gmail.com

<http://maryheathcliff.blogspot.com/>

Registro de derecho de autor: 10-231-285 Bogotá, Colombia.

Registro de Safe Creative: 1308205616316

ISBN: 9781476481401

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Edición y corrección: MRC ©

Fotografías de portada: <http://www.photorack.net/> © sus propietarios.

Montaje y diseño de portada: MRC ©

Hace mucho tiempo, Cristina cometió un error que dejó a su familia profundamente herida. Ahora, ella quiere darles a su padre y su madrastra un regalo de Navidad que haga sus vidas más felices y enmiende los errores que ella cometió en el pasado. A pesar de que sabe que no será fácil, lo intentará con todo su corazón. ¿Podrá tener éxito?

Matt nunca pensó que vería a Cristina de nuevo, no después de lo que pasó tantos años atrás. Sin embargo, ella está allí, así que se dice que llegó la hora de actuar...

Índice

Capítulo 1.....	6
Capítulo 2.....	15
Capítulo 3.....	28
Capítulo 4.....	50
Capítulo 5.....	64
Capítulo 6.....	80

Capítulo 1

—En cinco días será Navidad, papá. ¿Qué quieres de regalo? —preguntó la joven sentándose junto a su padre que leía el periódico en la sala de la acogedora casa.

—Que Maura sea completamente feliz —dijo el hombre mirando con melancolía a la mujer que preparaba una ensalada en la cocina y canturreteaba una melodía ajena a las dos personas que la miraban atentas.

El corazón de Cristina se entristeció al pensar una vez más que la infelicidad de Maura era su culpa.

Se removió nerviosa en su silla y su padre le tomó una mano.

—No te sientas mal. Fue hace muchos años —dijo el hombre un tanto arrepentido de su comentario, pues lo último que quería era entristecer a su hija.

—Pero las consecuencias nos han perseguido hasta hoy —dijo ella compungida—. Si pudiera hacer algo... algo para que...

—Shhh —la interrumpió él—. Ya no vale la pena pensar en el pasado, lamentarse por lo que no se hizo y desear que el tiempo retroceda. Nada de eso sucederá.

Pero quizás se puede intentar influir en el futuro, pensó la joven, deseando que este año sí hubiera suerte. Si solo el investigador privado que había contratado pudiera darle una pista, una señal...

Si solo yo hubiera sido diferente, se dijo de nuevo con verdadero arrepentimiento. *Si hubiera aceptado a Maura desde el principio, si no hubiera actuado de la manera infantil en que lo hice, si...* Eran demasiados *si* y aunque llevaba más de cuatro años tratando de arreglar lo que ella misma había arruinado, no lo había logrado.

La mente de Cristina viajó al pasado. A una infancia y una adolescencia rebelde, llena de rabietas, inseguridades y sobre todo egoísmo.

Cristina había nacido de unos padres sumamente amorosos y preocupados. Francisco era el dueño de una pequeña cadena de restaurantes con sucursales en tres ciudades, amaba a su esposa Stelle y de ese amor nació Cristina. Era la niña consentida, a quien no le negaban nada de lo que pedía, a quien amaban más que a sus propias vidas. Los tres fueron muy felices, hasta cuando Stelle murió en un accidente de tránsito; Cristina tenía ocho años.

Y la vida cambió trágicamente para ella. Durante un tiempo, su padre se entregó a la tristeza y la desesperanza. Se enfermó, pero el gran amor que le tenía a su hija lo llevó a recuperarse para ella. Poco a poco lograron mitigar el dolor que sentían por la pérdida de la amada Stelle y volvieron a ser felices. Cristina se sentía afortunada de que su padre viviera para ella y se prometió vivir para él: serían un equipo para siempre, los dos, solo los dos.

Por eso el mundo se le vino encima a Cristina a los once años, cuando su padre se enamoró de una bella mujer y decidió casarse con ella.

Aún podía recordar el día en que la conoció. La noche anterior Francisco le había hablado de ella y de sus intenciones de casarse. Cristina había llorado, suplicado y amenazado para tratar de obligarlo a echar atrás su decisión, pero parecía que nada cambiaría la determinación de su padre: se iba a casar con ella, le gustara a su díscola hija o no. Para Cristina eso era una traición a la memoria de su madre y a ella misma. Por eso detestó a Maura aun cuando no la había conocido siquiera.

—Esta es Maura —había dicho Francisco a Cristina—. Salúdala.

Cristina se había sorprendido pues esperaba conocer a una mujer joven, rubia de piernas largas y aspecto de

cazafortunas, no a una mujer de la misma edad de su padre, de baja estatura, apariencia modesta y mirada amable.

—No quiero —había dicho la niña.

—¡Por favor, Cristina!

—La odio —gritó Cristina—. Siempre la odiaré. Es una intrusa.

—Cristina, por favor —dijo su padre.

—Déjala. Necesita tiempo para conocerme —había dicho Maura con amabilidad—. Yo... también tengo un hijo, es un poco mayor que tú.

—No me interesa. Lo único que quiero es que se vaya y nunca vuelva —había dicho ella.

Entonces Francisco la había castigado por su grosería y días más tarde, ignorando por completo las rabietas de Cristina, se había casado con Maura.

La mente de Cristina volvió al presente. A la mujer que estaba en la cocina, trece años después de aquella tarde en que entrara a esa casa por primera vez.

Fui tan injusta. No quería ver que su amor por mi padre era sincero, que solo quería ser buena conmigo. ¡Qué egoísta era! se dijo mentalmente. ¡Qué daño le he hecho a esta magnífica mujer!

—¿En qué piensas? —preguntó Francisco al ver a su hija ensimismada.

—En el pasado. En el día en que conocí a Maura.

Francisco le acarició el rostro a su hija.

—No vale la pena. Lo importante es que ahora la quieres mucho.

—¿Y a qué precio? ¿Al precio de la felicidad de Maura?

—No debí haberte dicho lo que te dije —dijo Francisco refiriéndose a la pregunta de su hija sobre el regalo—. De Navidad quiero que me regales una pipa.

—Tú no fumas —dijo Cristina sonriendo.

—Pero te hice sonreír y eso es lo que me importa.

La joven amplió su sonrisa.

—¿De qué se ríen? —preguntó Maura que llegaba hasta ellos.

—Cris no cree que quiero una pipa como regalo de Navidad —dijo Francisco.

—¿Una pipa? Pero si no fumas —dijo Maura.

—¿Y qué? Siempre quise una pipa, creo que me vería muy guapo. Así que, Cris, es mejor que la consigas.

Las mujeres rieron.

—Ven, Cristina, ayúdame a poner la mesa antes de que tu padre te pida algo más como un palo de golf o un traje para astronauta —dijo Maura.

—Tienes razón. El palo de golf lo podré encontrar fácilmente, pero el traje para astronauta uff... no habrá cuando —dijo Cristina yendo tras la mujer.

Entre las dos pusieron la mesa y minutos más tarde disfrutaban un delicioso almuerzo en familia.

Pero a Cristina le parecía que estaban incompletos. Como lo habían estado desde hacía ocho años.

—¿Te sientes bien? —preguntó Maura notando que la joven no participaba del todo en la conversación.

—Sí, claro que sí —dijo Cristina saliendo por un momento de sus pensamientos.

—Parecías ausente. ¿Qué te pasa?

—Nada —mintió—. Es solo que trato de pensar en qué les regalaré para Navidad.

—Comienza a buscar mi pipa —canturreteó Francisco.

De nuevo Cristina sonrió.

—¿Y tú qué quieres, Maura? —preguntó la muchacha.

—Lo que quieras darme estará bien —dijo Maura con la misma sencillez y humildad de siempre.

Ojalá pudiera darte lo que quiero... pero llevo cuatro años fracasando pensó triste.

—¿Están bien las cosas con el restaurante? — preguntó Maura—. Desde hace unos días te veo un poco decaída, como si estuvieras preocupada por algo. Ya sabes que puedes confiar en tu padre y en mí.

Cristina sonrió y asintió.

Desde hacía tres años, su padre había decidido delegar la dirección del negocio a su hija. Aunque eso no significaba que él se hubiera retirado del todo. Juntos llevaban muy bien la pequeña cadena de restaurantes, pero cada día, las responsabilidades de Cristina eran mayores y asimismo estaba prosperando.

—No se preocupen, el negocio va a las mil maravillas —dijo ella con orgullo y sinceridad.

No podía quejarse de su vida laboral. Le iba muy bien. En los tres años que llevaba dirigiendo todo, el negocio había crecido, pues con su astucia e inteligencia había innovado para no quedarse rezagada del mundo actual.

—No esperaba menos de ti, cariño —dijo su padre sonriendo con orgullo.

—¿Entonces, qué te pasa, Cristina? A mí no me engañas, sé que algo te preocupa.

—No es nada —insistió ella—. Es solo que estoy un poco cansada.

Lo que Maura iba a decir, quedó interrumpido por la llamada telefónica que entró en ese momento. Cristina aprovechó la oportunidad para evadir la conversación y se levantó rápidamente a contestar el llamado.

—Buenas tardes, ¿podría hablar con la señorita Cristina Vieira?

—Soy yo —dijo la joven sin reconocer la voz.

—Habla el detective Miller, le tengo buenas noticias.

El corazón de Cristina dio un salto, pero no quiso emocionarse, ya una vez se había ilusionado, pero había sido una confusión.

—¿En serio? —preguntó la joven.

—¿Cuándo puede venir a mi oficina para leer el informe y ver las fotos?

Estaba ansiosa. Tenía la corazonada de que esta vez sí...

—Esta misma tarde. Ya mismo —dijo ella ansiosa. Si quería que esta Navidad fuera distinta, tendría que moverse rápido.

—Aquí estaré esperándola —dijo el hombre al otro lado de la línea.

La muchacha se despidió y colgó el teléfono antes de ir al comedor.

—Tengo que irme —dijo antes de tomar el vaso con su jugo y beberlo rápidamente.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Francisco ansioso.

—Eh... no... solo que hay un proveedor que necesita unos datos que solamente tengo yo —mintió—. Trataré de no tardar.

No oyó lo que contestaron pues se apresuró al garaje a tomar su auto. En menos de tres minutos ya estaba en la carretera, volando hacia la oficina del detective.

Su corazón le dijo que por fin lo había encontrado.

Capítulo 2

—Aquí está el informe —dijo el detective entregándole la carpeta.

Cristina estaba sentada en la pequeña oficina del detective Miller. Acababa de llegar y en breve el hombre le entregó los datos hallados. Ella tomó la carpeta con manos temblorosas. No sabía si de nuevo iba a desilusionarse, pero algo en su interior le dijo que no sería así. Abrió la tapa y lo primero que vio fue una foto.

Era él.

Ocho años mayor, pero inconfundiblemente era él.

Matthew.

El hijo de Maura.

El hombre al que llevaba buscando más de cuatro años.

No había duda.

¡Era él!

Había más de diez fotografías y no había posibilidad al error. Era el mismo cabello azabache, los mismos ojos

negros y penetrantes, la misma nariz masculina y el mismo mentón fuerte. Los años habían pasado por él de manera benévola. Ahora era mucho más elegante y más fornido de lo que había sido a los veintidós. Tenía un aura de elegancia y de poder que no había tenido en aquel entonces. Y por supuesto era absolutamente varonil. Estaba mucho más guapo que antes.

Sus ojos se anegaron mientras revisaba las fotografías y su corazón sentía alivio de que estuviera vivo, de tener la oportunidad para tratar de enmendar el error que había cometido ocho años atrás.

—¿Se siente bien? —preguntó el detective al ver la reacción de Cristina. Le entregó un vaso de agua, pues por experiencia conocía el desconcierto de sus clientes cuando encontraban lo que buscaban.

—Estoy bien —dijo ella recibiendo el vaso y tomando unos sorbos—. Por favor, cuénteme todo.

—Está en el informe que tiene en sus manos.

—Pero... estoy tan... no podría leer ni una letra, por favor, cuéntemelo —insistió ella con ansia en su voz.

El detective sonrió y se sentó frente a ella.

—Está bien. Comenzaré por decirle que si antes no lo encontró, es porque se ha cambiado el nombre. Ya no es Matthew Fenton, ahora es Matt Castelo. Seguramente los

investigadores que contrató antes no contemplaron esa posibilidad. Yo sí.

—Se cambio el nombre —dijo más para ella que para él—. ¿Por qué?

—Porque encontró a su padre, Jules Castelo y este quiso darle su apellido.

Cristina guardó silencio. Así que Matthew había encontrado a su padre. Siempre supo que Maura había sido madre soltera antes de casarse con Francisco, pero no sabía si el padre de Matthew había muerto o la había abandonado; era algo muy íntimo y nunca se atrevió a preguntarle, además evitaba hablarle de su hijo a toda costa.

—Entiendo —dijo Cristina—. Cuénteme más de él.

El hombre le contó que Matt era publicista y el dueño de una gran compañía que diseñaba los anuncios para muchas empresas de marcas reconocidas. En pocos años había logrado crecer y hacer multiplicar la fortuna que le había dejado su padre. No era casado y no tenía hijos. Había vivido con su padre hasta hacía tres años cuando este murió. Ahora vivía solo y aunque se le veía de tanto en tanto con alguna que otra mujer, no tenía ninguna relación seria. Podría decirse de él que era exitoso en los negocios, celoso con su vida privada y un tanto solitario.

—Pero todo esto está en el informe. Y por supuesto, también otros datos exactos como la ubicación de su empresa, su casa, email y números telefónicos.

Cristina tenía sentimientos encontrados. Por un lado, estaba contenta por haberlo encontrado. Por otro, tenía miedo. Ahora tendría que ir a hablar con él, a revolver el pasado que quizás él nunca quisiera recordar y a rogarle que fuera a ver a su madre.

La mujer detuvo el curso de sus pensamientos y sacó la chequera de su bolso. En pocos instantes hizo el cheque y se lo entregó al detective.

—Muchas gracias —dijo la joven—. No se imagina cuánto se lo agradezco.

El hombre recibió el dinero y sonrió.

—Si quiere mi opinión, por todo lo que ha hecho ese hombre al cambiar de identidad y de vida desde hace ocho años, puedo pensar que no quiere ser encontrado. Le deseo mucha suerte.

—Gracias —dijo la joven poniéndose de pie y tomando su bolso y el folder—. La necesitaré.

En pocos instantes, Cristina salió de la pequeña oficina rumbo a su casa. Tenía que tomar unas cuantas decisiones.

Llevaba allí más de media hora y aún no podía reunir el suficiente valor para salir de su auto y llamar a la puerta de Matt Castelo.

En cuanto había llegado a su casa, había leído todo el informe y había corroborado las palabras del detective. Lo que seguía era decisión suya y no podía esperar más. Se dijo que esa misma noche debería cumplir su misión. Le había dicho a su padre y a Maura que iría de compras y que tal vez tardaría, pero en realidad fue a casa de Matthew, sin importar que estuviera ubicada en las afueras de la ciudad, al extremo opuesto de su propio hogar.

Cristina estaba sentada en su auto, a unos veinte metros de la mansión en donde vivía el hijo de Maura. Había observado la casa con detenimiento y, tanto por el sector en donde estaba ubicada, como por la forma y el tamaño, supo que sería lujosa y digna de alguien con mucho dinero y poder.

Pero no era eso a lo que le temía.

Era a la reacción del hombre cuando volviera a verla.

En un segundo, su mente viajó trece años en el pasado, al día en que conoció a Matthew, el mismo día de la boda entre Maura y su padre.

—Hola, Cristina, soy Matthew —le había dicho el muchacho con cortesía. Él y Maura habían llegado a casa de Francisco unos minutos antes de salir hacia la iglesia.

Cristina no había contestado nada. Solo se había limitado a mirarlo con seriedad mientras lo evaluaba. Era un muchacho mayor que ella —después supo que tenía diecisiete años— alto, de piel canela y muy guapo. Sus ojos oscuros la miraban con simpatía mientras trataban de escudriñarla. Su rostro dibujaba un gesto amable. Pero ella solo quería odiarlo tanto como odiaba a la intrusa que le estaba robando a su padre.

—Nos sentaremos juntos en la iglesia —le había dicho el muchacho.

—No quiero. No quiero ir a la iglesia, no quiero ir a esa boda —había dicho ella con ira.

—¡No toleraré ni un berrinche más! —había dicho Francisco llegando junto a ella y tomándola de un brazo—. Irás a mi boda, me acompañarás en este día tan especial para mí y te sentarás junto a Matthew.

—Los odio —había gritado ella con lágrimas en los ojos—. No quiero ir. Déjame aquí en casa, no quiero ir a esa boda.

—¡Ni una palabra más! —dijo Francisco con firmeza.

Sin poder evitarlo, Cristina presenció, entre sollozos, cómo su padre se casaba de nuevo y enterraba para siempre el recuerdo de Stelle. Sentada allí, junto a Matthew, Cristina no podía dejar de sufrir.

—No llores —le había susurrado el chico—. Ahora seremos una familia, tu padre, mi madre y nosotros dos.

—Eso jamás —le dijo ella mirándolo con ira—. Tú y tu madre no me robarán el amor de mi papá. No importa cuánto me tarde, no descansaré hasta que ustedes salgan de nuestras vidas para siempre.

Cristina volvió al presente con un estremecimiento de culpabilidad. Había logrado sacar a Matthew de sus vidas... para gran dolor de Maura y de Francisco. Y ahora, ocho años después, estaba allí para tratar de enmendar la injusticia.

Sin pensarlo más, Cristina salió de su auto y se dirigió a la enorme puerta de roble. Golpeó y en breve salió a recibirla una mujer mayor.

—Buenas noches —dijo la mujer—. ¿En qué le podemos ayudar?

—Buenas noches —dijo Cristina con voz temblorosa—. Quisiera ver al señor Matthew... Matt Castelo.

La mujer sonrió y la condujo a una hermosa sala.

—Iré a avisarle. ¿Quién lo busca?

—Cristina... Cristina Vieira.

La mujer desapareció y dejó a Cristina sola en la sala. Con curiosidad y ansiedad miró los lujosos muebles y los costosos cuadros que adornaban la estancia. Tanto la forma del lugar como los artículos que poseía hablaban de comodidades y lujos que solo el dinero podía pagar.

—¿Te sorprende que un pobre diablo que salió de tu casa como un delincuente pueda tener tanto ahora?

La grave voz varonil llegó hasta ella desde atrás. Era la misma voz, solo que ahora era más firme, más segura, más decidida. Sin lugar a dudas Matthew había cambiado.

Cristina se giró lentamente para encontrarlo a pocos pasos de ella. Llevaba unos jeans y una camisa azul clara con los primeros tres botones desabrochados. En las fotografías del informe lucía traje elegante, y ahora, con un atuendo informal, le pareció mucho más intimidante, más guapo. Verlo fue todo un impacto para sus sentidos.

Él avanzó hacia ella hasta quedar a escasos dos pasos. La miró a los ojos fijamente por unos segundos. Después,

su mirada le recorrió el cuerpo tratando de notar los cambios operados en ella durante todos esos años. Sus ojos brillaban como el del gato que tiene enfrente al ratón.

—Pensé que Betty se había equivocado, que se trataba de otra mujer —dijo él—. Pero no se equivocó. Es en realidad Cristina Vieira. Con su cabello color miel y sus grandes ojos verdes. ¿Quién iba a pensar que la altiva Cristina se dignaría a pisar mi casa?

Un pinchazo de dolor y temor golpeó su corazón ante sus desdeñosas palabras. Pero no se sorprendió. ¿Acaso iba a recibirla con los brazos abiertos después de lo que ella le había hecho?

—Hola, Matthew —dijo ella tratando de controlar el temblor de su voz.

—Ahora soy Matt. Pero supongo que ya lo sabes.

Ella asintió.

Él se giró, se acercó a la licorera y sirvió una copa de whisky. Tomó dos sorbos antes de hablar aún dándole la espalda.

—¿Qué quieres? —preguntó en tono seco.

—Yo... quiero que... vayas a casa... a ver a Maura y a mi padre para esta Navidad... —dijo ella tratando de esconder el temblor de la voz—. Llevan ocho años sin saber nada de ti... y sufren.

Él se giró y la miró con el ceño fruncido durante unos instantes. Su mirada era penetrante e indescifrable.

—¿Ellos te lo han pedido? —preguntó él visiblemente intrigado.

—No. Esto es idea mía.

Matt se quedó en silencio por unos segundos y después se acercó a ella.

—Así que mi madre sufre por mí —dijo él armando una tenue sonrisa en los atractivos labios—. Y supongo que tú estarás muy contenta. ¿O acaso vienes a rogarme que me la lleve para que puedas tener a tu padre para ti sola?

De nuevo el dolor atizó su pecho. Pero si él pensaba así, era porque con sus acciones lo había llevado a ello, era su culpa, solamente su culpa.

—Te equivocas... yo... he cambiado... y aunque no lo creas, me llevo bien con Maura. La aprecio mucho —aclaró ella.

Él tomó otro sorbo de su trago.

—Eso es muy difícil de creer —dijo él—. Pero supongamos que es cierto. Supongamos que quieres que vaya a ver a mi madre esta Navidad para que sepa que estoy bien. ¿Qué ganarás tú con eso? ¿Qué pretendes?

Cristina ahogó un suspiro.

—Ya te lo dije. Quiero que Maura sea feliz, quiero... enmendar mis errores del pasado —dijo ella bajando el rostro.

Matt rió con sorna mientras se alejaba de ella. Aunque esa risa buscaba ser ofensiva, a Cristina le pareció musical y varonil. ¿Cómo sería oírlo reírse de verdad?

—¿Y para qué? —preguntó él—. ¿Quizás quieres hacer méritos y ganar peldaños en tu escalera hacia el cielo?

Cristina sintió que su corazón se quebraba. No podía soportarlo más. Matthew no iba a ceder. Todo su esfuerzo había sido en vano.

—Cometí un error al venir aquí, siento haberte molestado —dijo antes de girarse y dirigirse rápidamente hacia la puerta.

—¡Espera! —dijo él.

La mujer no había dado tres pasos cuando sintió que una mano la tomaba por un brazo y la retenía girándola abruptamente hacia el hombre.

De repente se encontró con que su rostro estaba a escasos centímetros del cuello de Matt. Levantó la cara y ahora era su boca sensual la que estaba frente a sus ojos. A su nariz llegó el olor varonil mezclado con el de la cara loción. Su mano cálida aún estaba sobre su brazo y aunque

no ejercía presión, ella era muy consciente del contacto y de la cercanía de ese fuerte y tibio cuerpo que estaba casi pegado al suyo.

Los ojos oscuros se encontraron con los ojos verdes durante unos segundos. Cristina no podía alejar su mirada de la de él, aunque sentía que de repente podría perderse en su profundidad. Repentinamente él la soltó y se alejó dos pasos.

—Tienes razón. Es mejor que te marches —dijo él sin mirarla.

Sin proferir palabra, ella salió de la salita y de la casa rápidamente, sin mirar hacia atrás. Sus ojos estaban anegados cuando llegó a su coche y lo puso en marcha. Se alejó rápidamente del lugar mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Había sido una estúpida. ¿Cómo iba a pesar que Matt iba a perdonar y a olvidar lo que ella le había hecho?

Y lo que más la desconcertaba era lo que había sentido desde que lo vio. Su magnífica apostura la había deslumbrado. No recordaba que fuera así y aunque en las fotografías se notaba su elegancia y poder, no se comparaba con tenerlo allí en carne y hueso, frente a ella. Era mucho más guapo de lo que había sido en su juventud, mucho más

elegante y su magnetismo sexual era por lo menos mil veces más fuerte.

Un temblor de deleite la había recorrido cuando él la había tomado del brazo y sus cuerpos habían quedado casi pegados. También la había atravesado un calor suave que se había extendido rápidamente por su vientre llenándola de un anhelo que nunca antes había experimentado.

Durante años se había negado a sí misma que en la adolescencia se había sentido atraída hacia él. Era un muchacho muy guapo y ella se había sorprendido a sí misma al quedarse mirándolo fijamente o pensando en él sin ningún motivo aparente. Se había dicho mil veces que había sido curiosidad de adolescente, de niña que se vuelve mujer. Pero parecía que no era así, en realidad le había llegado a gustar; su estúpido orgullo nunca se lo dejó ver claramente.

Tenía que olvidar toda esa locura, olvidar que había buscado a Matthew, olvidar que lo había encontrado y olvidar lo que había sentido al verlo.

Capítulo 3

—Hora de levantarse, dormilona —dijo suavemente Maura despertando a Cristina.

La joven salió poco a poco del sueño para ver a su madrastra junto a la cama con la bandeja del desayuno. Se incorporó y dejó que Maura le pusiera la bandeja sobre la cama. Cristina se estregó los ojos y vio en el reloj de su mesa de noche que eran casi las once. Había pasado una noche de insomnio y solo se había quedado dormida a la madrugada, cuando el cansancio por fin la había vencido.

—No te oí llegar anoche —dijo Maura.

Cristina se removió algo incómoda. Tomó la taza de café y bebió un sorbo.

—Llegué un poco tarde —dijo—. No quise despertarlos.

—Ten cuidado —dijo la mujer con preocupación—. Hay muchos peligros en la calle.

Cristina asintió sonriendo. Maura se preocupaba por ella de verdad.

Si ella supiera que sus intentos por reunirlos con su hijo habían sido en balde... Matthew no la había perdonado, jamás la perdonaría y eso no permitiría que volviera a ver a su madre. Sintió tristeza pues quería que, por primera vez en ocho años, Maura tuviera una Navidad feliz al lado de su hijo.

Tenía que dejar de pensar en eso. Ya no había nada más que hacer, solo seguir su vida como hasta ahora.

—Esta mañana —continuó Maura—, te llamó una mujer. Dijo que se llamaba Betty y que el señor M.C. quiere que lo llames en cuanto puedas.

Cristina dejó la taza sobre la bandeja de manera abrupta. Recordó que Matthew se había referido a la mujer que la había recibido en su casa con el nombre de Betty... M.C. solo podía ser Matt Castelo. ¿Podría ser que...?

—¿Estás... segura de que dijo eso? —preguntó ella ansiosa.

—Claro que sí. ¿De qué se trata? ¿Quién es ese hombre?

—Es... un nuevo proveedor... Tengo que hablar con él ahora mismo —dijo levantándose de la cama rápidamente, dejando la bandeja a un lado.

—¿Y tu desayuno?

—No tardaré —dijo Cristina sacando su celular del bolso y marcando el teléfono de Matthew.

—No dejes que se te enfríe —dijo Maura antes de salir de la alcoba de Cristina.

La joven asintió antes de marcar el número.

No habían pasado tres segundos, cuando el teléfono fue contestado.

—Matt Castelo —dijo la varonil voz que no la había abandonado en toda la noche.

—Hola... soy Cristina —dijo ella temiendo que hubiera sido una equivocación, que él le dijera que no lo llamara más antes de colgarle.

—Estaba esperando tu llamada —dijo él para alivio de la joven.

El corazón de Cristina sintió alivio.

—Acabo de recibir el mensaje, me comuniqué en cuanto pude —dijo ella.

—Bien —dijo él—. Creo que... te debo una disculpa por el modo en el que te hablé anoche. Quiero que conversemos. ¿Podrías venir a cenar hoy a mi casa?

—Sí —dijo ella sin pensarlo dos veces, temía que si titubeaba él pudiera arrepentirse—. ¿A qué hora?

—A las ocho estará bien.

—Perfecto, allí estaré —dijo ella.

Cristina cortó la comunicación sintiendo que su corazón latía rápidamente. Era la emoción de volver a verlo, de volver a escucharlo... pero su objetivo era hacer que Matt visitara su casa en Navidad para que Maura fuera feliz de nuevo, no otro. Verlo no tenía nada que ver con lo que sentía... y lo que sentía debía desaparecer.

Aunque sabía que debía terminar de desayunar, no pudo, pues comenzó la difícil tarea de elegir qué se pondría esa noche para ver a Matt.

Faltaban diez minutos para las ocho y Cristina estaba a pocos metros de la mansión. Si había llegado temprano, había sido porque había calculado mal el tiempo, nada más. Eso no tenía nada que ver con sus inconfesables ganas de verlo nuevamente.

Durante todo el día no había dejado de pensar en él. En qué le diría esa noche. En si accedería a buscar a su madre. En si la perdonaría por lo que le había hecho...

Su mente viajó una vez más al pasado. Ocho años atrás, justo a la tormenta que desembocaría en un devastador huracán.

Habían pasado cinco años del matrimonio de Maura y Francisco. Si bien era cierto que Cristina se había resignado al segundo matrimonio de su padre, también era cierto que aún no toleraba a Maura y a Matthew. Cada vez que podía, les hacía desplantes: criticando lo que Maura cocinaba, despreciando sus cuidados y rechazando cualquier intento de acercamiento. La relación era tirante, y aunque la mujer había hecho todo lo posible por ganar su cariño, no lo había logrado. El hecho de que Matthew ahora estudiara en la universidad y se hubiera mudado no mitigaba la animadversión que sentía por ellos, sentimiento que se hacía más fuerte cuando él regresaba a casa por vacaciones.

Justamente en unas vacaciones sucedió lo que cambiaría la vida de todos ellos.

La adolescencia le había dado a Cristina cierta independencia en la que se refugiaba para huir de su realidad familiar. Los fines de semana pasaba mucho tiempo con sus amigas, en fiestas, en centros comerciales y en las casas de ellas. Era su manera de escapar.

Cosa que Matthew no vio con buenos ojos. Cada vez que podía le llamaba la atención sobre su comportamiento,

señalándole que no solo era ofensivo para su padre sino también peligroso para la joven. Ella siempre le replicaba que era su vida y la manejaba del modo en que quisiera. Las discusiones entre ellos estaban a la orden del día, y ni Francisco ni Maura podían hacer nada para evitarlos.

Una noche, Cristina había asistido a una fiesta. Estaba muy animada, pues allí iba a estar Paul, un chico de la escuela que le gustaba mucho. En algún momento de la noche, Paul la invitó a salir al jardín.

—Estás muy linda esta noche, Cris —le dijo Paul tomándola por la cintura—. Estás tan bonita que podría besarte.

—¿Y por qué no lo haces? —había dicho la muchacha de manera atrevida mientras posaba sus brazos sobre los hombros del chico.

Entonces Paul la besó.

Pero el beso no duró, pues de súbito se sintió separada de él violentamente.

—¡Suéltala, imbécil! —dijo Matthew tomando por un brazo a Cristina y halándola hacia él—. No le pongas las manos encima nunca más.

Cristina se soltó violentamente de él.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Cuidarte, porque parece que tú no puedes hacerlo por ti misma.

—No tienes ningún derecho —gritó ella furiosa—. Estoy aquí con mi novio y quiero volver a la fiesta. Déjame en paz.

Cristina caminó hacia al lugar donde Paul había entrado tan pronto fue separado de ella. No había avanzado sino unos metros cuando de nuevo Matthew la tomó del brazo.

—Nada de eso. Regresarás a casa conmigo.

—¡Suéltame! No tienes derecho —gritó ella retorciéndose. Pero él, mucho más fuerte que ella, la tomó por la cintura y logró llevarla hasta el auto—. Déjame, quiero volver a la fiesta. Mi padre me dio permiso.

Cristina no dejaba de gritar y forcejear, pero sus intentos eran inútiles.

—¿Sabe tu padre lo que haces? ¿Sabe que te escabulles con muchachitos a donde nadie pueda verlos para que te manoseen a su gusto?

—Era solo un beso —dijo ella con las mejillas rojas de la ira al ver que el auto comenzaba a alejarse y que ya no podría regresar a la fiesta.

—¿Crees que se iba conformar con solo besarte? —le preguntó él—. Sabes muy bien que no. Sabes lo que seguía

después de ese beso. ¿Caso piensas que un chico lleva a una chica a la oscuridad para solo besarla o decirle lo bella que luce?

Cristina comenzó a golpearlo en el pecho, pero él rápidamente la dominó y le sujetó las muñecas para defenderse de su ataque. En pocos minutos llegaron a casa en medio de gritos.

—¿Qué sucede? —pregunto Francisco saliendo de su recámara al oír los alaridos de la pelea.

—Que traje a tu hija de vuelta de la famosa fiesta a la que fue —dijo Matthew.

—¿Por qué? —había preguntado Maura que llegó tras su esposo.

—Porque un muchachito la estaba manoseando en el jardín.

—¡Eso no es cierto! Nos estábamos besando porque acababa de pedirme que fuera su novia y yo acepté —mintió la joven—. Matthew llegó de la nada para fastidiarme la noche, papá. Se atrevió a traerme a la fuerza.

—No te he dado permiso para que tengas novio —dijo Francisco en tono seco—. Además, yo envié a Matthew por ti. No te ensañes contra él.

Cristina había sentido una furia ciega. Su padre estaba de parte de él y en contra de su propia hija.

—Nada de esto estaría ocurriendo si no te hubieras casado con esa horrible mujer —dijo la joven en medio de las lágrimas de ira taladrando con la mirada a su madrastra.

—¡Cállate, Cristina! No te permito que te refieras a Maura de esa manera —dijo su padre—. Ve a tu habitación, estás castigada dos semanas sin salir con tus amigas.

—¡Eso no es justo! —lloró la muchacha.

—Ni una palabra más, Cristina —dijo Francisco con firmeza.

Entonces Cristina se encaminó hacia su cuarto, y mientras salía de la sala se giró hacia Matthew.

—Me las vas a pagar, te juro que me las vas a pagar Matthew. Te vas a arrepentir de haberme hecho pasar por esto.

Y así había sido.

Cristina volvió al presente y se secó una lágrima traidora que rodó por su mejilla con el recuerdo. Miró el reloj y se dijo que ya era hora.

Caminó hasta la casa, golpeó y abrió la misma mujer del día anterior.

—Buenas noches —dijo Cristina.

—Buenas noches, señorita Cristina, el señor Matt la está esperando.

En pocos minutos, Cristina fue conducida a la sala donde Matt estaba de pie esperándola.

Si el día anterior le había parecido guapo, esa noche estaba devastador. Tenía un traje de diseño que le quedaba a la medida. Era elegante, de color negro con camisa y corbata blancas. Allí, tan alto, tan musculoso y tan elegante, era el sueño de cualquier mujer.

—Hola, Cristina —dijo él caminando hacia ella. No podría decir que estuviera sonriendo, pero su semblante era mucho menos duro que el día anterior.

—Hola, Matthew... Matt —titubeó ella rogando que el temor no se reflejara en su voz.

—Te propongo que pasemos a la mesa —dijo él señalándole el camino.

Ella asintió y se dirigieron al lugar donde estaba puesta la mesa. En pocos instantes Betty sirvió la apetitosa cena mientras ellos guardaban silencio. La mujer se retiró y los dejó solos.

—Como te dije esta mañana, quiero pedirte disculpas por el modo en el que te hablé ayer —dijo él.

Ella lo miró fijamente durante unos instantes. Era tan guapo que podría quedarse mirándolo para siempre. Sus ojos eran brillantes, sus labios eran seductores, su rostro masculino podría ser la envidia de cualquier actor famoso.

Quitó su mirada de él antes de que Matt descubriera sus pensamientos.

—No te preocupes —dijo ella—. Lo importante es que estoy aquí y que vamos a hablar de Maura.

—Sí, claro, de mi madre —dijo él y a ella le pareció notar un tinte de desilusión—. ¿Cómo está ella?

—Bien... o quizás solo lo aparenta —dijo ella—. A raíz de lo que pasó... hace ocho años, nosotras nos hemos acercado mucho. He madurado y me he dado cuenta de que Maura es una mujer espectacular que ama a mi padre de corazón y que me aprecia a pesar de lo malvada que fui con ella. Pero en el fondo de mi alma, siento que le falta algo para ser completamente feliz... le faltas tú.

Matt la miró fijamente durante unos instantes.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó él.

—No. Yo... evito hablarle de ti... me sentiría mal... me sentiría...

—¿Culpable?

—Sí —dijo ella bajando el rostro—. Muy culpable.

Sin poder evitarlo, su mente viajó de nuevo ocho años al pasado.

A la noche en que Matthew salió de sus vidas definitivamente.

Cristina había estado decidida a desquitarse de él, a vengarse del modo más cruel posible. Planeó algo tan macabro como definitivo y jamás se detuvo a pensar en las funestas consecuencias que podría traer su acción.

Con la ayuda de un chico de la escuela, había conseguido un pequeño alijo de droga que había pagado con las joyas que su padre le había regalado cuando cumplió quince años. Había ocultado el paquete en la habitación de Matthew, en su bolsa de viaje. Después había llamado a la policía de manera anónima para denunciarlo por venta de estupefacientes. En pocas horas tenía en su casa un pequeño grupo de agentes que en breve encontraron lo que venían a buscar.

—Tiene que acompañarnos, debe explicar muchas cosas —le había dicho el jefe de policías a Matthew.

—No sé por qué ese paquete está ahí —había dicho él mientras Maura lloraba amedrentada.

—Eso dicen todos —había dicho el policía.

Francisco había intentado por todos los medios posibles evitar el arresto, pues tanto él como Maura sabían que Matthew era inocente. Pero de nada sirvió. El joven había sido esposado y llevado mientras su madre sollozaba de dolor. Cristina había presenciado todo y sorprendentemente notó que no se llenaba de gozo como lo había pensado. Sin

embargo, no podía decir la verdad, tenía miedo. Antes de salir, Matthew la miró y comprendió lo que había pasado: él sabía que la culpable había sido de ella. Pensó entonces que Matthew la delataría, pero no lo había hecho. Solo se había dejado llevar con la frente en alto, sabiéndose inocente de los cargos.

Esa había sido la última vez que Cristina vio a Matthew.

—Yo... lamento mucho lo que hice —dijo Cristina visiblemente avergonzada—. Desde el mismo momento en que te llevaron me arrepentí de lo que había hecho... pero tuve miedo, por eso no dije nada...

Matt la miró en silencio durante unos instantes.

—¿Tanto me odiabas? —preguntó en voz baja, como si a él también lo afectaran los recuerdos del pasado.

—No —se apresuró a responder ella levantando la mirada hacia él—. No... solo... estaba muy herida... por lo que me habías hecho. Estaba dolida y quería vengarme. No pensé en las consecuencias ni en el dolor que les causaría a todos con mis actos.

—¿A tal punto querías a ese muchacho para hacer algo así por él? —preguntó Matt inclinándose un poco hacia ella.

—No, no fue eso. Yo quería ser independiente y al obligarme a dejar la fiesta sentí que estabas vulnerando mi derecho a ser libre.

—No era independencia, era rebeldía. Y la querías para hacer sufrir a Francisco que solo se esforzaba por agradarte. Ni siquiera pensaste en que podrías haber estado en peligro.

—Lo sé —dijo ella bajando el rostro de nuevo—. Ahora lo sé. En esa época... era muy inmadura, inestable y tenía miedo de que papá dejara de quererme...

—El amor no se divide, solo se multiplica —dijo él.

Cristina se dijo que ahora sabía que así era; lo comprendió muy tarde.

—Yo... no sé si pedirte perdón... no sé si puedas perdonarme porque yo siento que no me he perdonado a mí misma —dijo aún sin mirarlo.

—¿Por qué no te has perdonado? —preguntó él unos instantes después.

Ella lo miró.

—Separé a una madre de su hijo. Cometí contigo y con Maura una terrible injusticia que no se ha podido enmendar.

—¿Y por eso me buscaste? ¿Para enmendar esa injusticia?

—Sí —confesó ella con sinceridad.

Matt guardó silencio por unos instantes.

—¿Y por qué hasta ahora? ¿Por qué ocho años después?

—Te equivocas —dijo ella—. Llevo cuatro años buscándote. Cuando comencé a trabajar tuve mi propio dinero y contraté a un investigador privado... a varios, de hecho. Solo el último pudo encontrarte.

Matt parecía sorprendido. Cristina se dijo que no era para menos. Él la había conocido como una chica díscola y rebelde, jamás se imaginaría que su actitud hubiera cambiado tanto.

—¿Y quieres que vuelva a tu casa? —preguntó él casi sorprendido.

—Sí —dijo ella ansiosa—. Podría decirse que fue un regalo del cielo encontrarte para esta época. Año tras año he visto a Maura melancólica por no poder estar contigo en estas fiestas, sería muy feliz si esta Navidad la celebras con ella... con... nosotros.

Matt sonrió enigmáticamente mientras servía vino en las copas. ¡Se veía tan guapo!

—Dime algo —dijo él—. Si hubiera sido al revés, si hubiera sido yo, quien cegado por la furia, te hubiera

alejado de tu familia con una acusación tan grave, ¿me perdonarías?

Cristina sintió un profundo dolor en el pecho. Con esa pregunta, Matt solo le estaba diciendo que no la perdonaba. Estaba en todo su derecho. ¿Por qué perdonar a la persona que lo había alejado del ser que más amaba?

—No es necesario que me perdones para que vuelvas a casa a ver a Maura y a mi padre... —dijo fingiendo una valentía que no sentía. Al saber que él no la perdonaba su corazón se había partido, pero no quería que él lo notara.

Él tomó un sorbo de vino.

—No te culpo del todo por lo que hiciste —dijo después de un rato—. Al fin y al cabo, yo lo provoqué al sacarte a la fuerza de aquella fiesta.

Ella lo miró sorprendida. ¿Estaba justificándola?

—No, no fue así. Mi padre te envió a buscarme —dijo ella.

—No es cierto —contradijo él bebiendo otro sorbo.

—¿Cómo? —preguntó ella sorprendida—. Sí, tal vez no lo recuerdas bien, pero así fue. Mi padre dijo que te envió a buscarme.

—Recuerdo esa noche como si hubiera sido ayer —dijo él pensativo—. Y puedo asegurarte que Francisco no

me pidió que fuera a buscarte. Fui por iniciativa propia. Tu padre mintió.

En silencio, Cristina observó que Matt bebía el resto de su copa. Estaba intrigada. ¿Por qué su padre había mentido? ¿Por qué Matt había ido a buscarla?

—¿Por qué estabas allí? ¿Quizás una casualidad...?

—No, no fue casualidad. Fui a buscarte, yo sabía que estarías en aquel lugar y fui por ti.

—¿Por qué? —preguntó con algo de temor por la respuesta que podría recibir.

—Esas vacaciones andabas de fiesta en fiesta, con chicas y chicos... no pude soportar el saber que estarías nuevamente entre muchachos que seguramente andaban tras de ti. Me molesté y fui decidido a sacarte de allí. Verte besándote con ese muchachito hizo que mi determinación fuera más recia.

Cristina no podía estar más sorprendida. Jamás se imagino que Matthew se sintiera de esa manera.

—¿Por... qué...? —preguntó ella intrigada.

—Porque me moría de los celos —dijo él mirándola de una manera especial—. Porque el hecho de pensar que un jovencito pudiera abrazarte o besarte me hacía hervir la sangre.

Cristina se sonrojó profundamente mientras esas palabras causaban un efecto devastador en su corazón. ¿Sería posible...? No. Seguramente eran celos de hermanastro... Seguramente quería quedar bien con Francisco y la utilizó a ella. Bajó el rostro para evitar mirarlo.

—Eras una chica hermosa. Con tu cabello color miel, tu piel suave y tersa, tus labios rojos y tus ojos verdes eras el sueño de cualquier muchacho. Me tenías medio loco, yo no podía dejar de pensar en ti, de mirarte, de soñar contigo.

El sonrojo de Cristina se profundizó, si es que acaso era posible. Dos sentimientos la recorrían; por un lado, la sorpresa de saber que Matthew se hubiera sentido tan atraído por ella en esa época en la que eran enemigos; por otro, la inexplicable emoción de su corazón ante ese hecho.

La joven se removió incómoda en su asiento y no se atrevió a mirar a Matt.

—Eso... eso ya no importa —dijo ella en su afán por cambiar el tema, incómoda, no por lo que él le decía, sino por lo que ella sintió ante tal confesión—. Ha pasado mucho tiempo. Lo importante ahora es Maura.

—Nunca hice evidente esa atracción porque eras la fruta prohibida: la hija de mi padrastro, una adolescente, casi una niña y me odiabas —continuó él ignorando adrede

el intento de ella por dirigir la conversación a otro tema—. Pero ya no eres una muchachita, sino una mujer. Una mujer mucho más hermosa que la chiquilla rebelde que eras.

—Por favor, Matt, no tiene caso hablar de eso ya —dijo ella muy incómoda.

—¿Por qué no? ¿Por qué te incomoda que te hable de lo que sentía por ti? ¿Acaso porque tú también sentías algo así?

Cristina se levantó de su asiento rápidamente para enfrentarlo.

—¡Claro que no! —mintió—. Y si no estás dispuesto a hablar del presente y de Maura, será mejor que me marche.

Matt también se puso de pie y se acercó a ella quedando a un paso de la joven.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo?

—Yo no tengo miedo de nada —dijo ella—. Solo pienso que hay cosas que es mejor ignorar. Y más cuando se quedaron en el pasado.

—¿Piensas que la atracción que ejerces en mí se quedó en el pasado? —preguntó él con voz ronca acercándose aún más—. ¿Qué crees que sentí ayer cuando te volví a ver, cuando noté que te habías convertido en la preciosa mujer que ya predecía tu cuerpo juvenil, cuando te

tomé por el brazo y quedaste tan cerca de mí que noté tu olor y tu calor?

Cristina no podía hablar. Estaba realmente impactada por todo lo que oía. Ahora el rostro de Matt estaba a escasos centímetros del suyo, igual que su cuerpo, y ella no podía moverse, no podía apartar sus ojos de la mirada sensual que él le dirigía. Su corazón latía muy rápidamente y tanto sus palabras como su cercanía habían despertado en ella sensaciones que jamás había sentido. Un calor líquido recorrió su cuerpo.

De repente, sintió que Matt pasaba un dedo sobre su mejilla y después sobre su labio inferior dejando sobre su piel una estela de fuego. Eso aumentó la velocidad de sus latidos y la intensidad de su calor.

—Tienes los labios más sensuales que he visto en mi vida —dijo él—. Siempre me pregunté cómo sería besarte...

No había pasado un segundo, cuando los labios de Matt descendieron sobre los de Cristina. Primero se rozaron sensualmente, pero eso no era suficiente para ninguno de los dos. Cristina abrió la boca y sintió que su lengua entraba en contacto con la de él. Una mano de Matt la sostuvo por la nuca y la otra por la parte baja de su espalda para atraerla hacia sí. Las manos de ella volaron hasta los

hombros masculinos para sentirse más cerca de ese cuerpo cálido y musculoso.

El beso fue suave y muy sensual. La lengua de Matt recorría cada espacio de la boca femenina como si quisiera descubrir hasta su último rincón, saboreándola con deleite, mimándola con pasión. Al mismo tiempo sus manos la acariciaban y sus brazos la acercaban a su magnífico cuerpo haciéndola sentirse protegida y deseada.

Cristina solo podía dejarse llevar y responder acariciando la aterciopelada lengua y degustándolo: sabía al vino que había tomado, pero también a su propio sabor masculino. Le encantaba. Jamás la habían besado así; jamás había gozado un beso como lo estaba haciendo ahora.

También la había abrazado de esa manera, sosteniéndola con delicadeza y a la vez firmeza, haciéndola sentir protegida y mimada. Sus piernas se volvieron de gelatina y si no hubieran estado abrazados, seguramente se habría desmayado del deleite. De repente él la atrajo a sí con más fuerza y ella sintió la dureza del deseo masculino contra su propio vientre. Sintió un temblor en su cuerpo y una punzada en la parte más femenina de su ser, un anhelo indescriptible y unas ansias de que el beso no terminara jamás.

Pero no estaba bien.

Lo que estaba pasando no estaba bien.

Él era Matthew, el hijo de Maura, el hombre a quien tanto daño le había hecho. Esto no podía estar pasando.

—No —dijo ella liberándose súbitamente del apasionado abrazo—. No, esto... no... será mejor que me vaya.

Rápidamente, Cristina tomó su bolso y corrió hacia la puerta.

—¡Cristina, espera! —sintió la voz de Matt a su espalda, pero a ella no le importó, siguió su huída temiendo más a sus propias reacciones que a lo que pudiera hacerle ese hombre.

Siguió caminando, casi corriendo, saliendo de la casa, hasta llegar a su auto. Lo encendió y se alejó lo más pronto que pudo, sin detallar que unos ojos negros la veían huir, sin notar que los suyos estaban llenos de lágrimas.

Capítulo 4

Después de otra noche de insomnio, Cristina se sentía cansada. No solo física, sino también emocionalmente.

Mientras fingía contemplar y tocar las ramas y adornos del árbol de Navidad, su mente no dejaba de pensar en Matt y en lo que había pasado la noche anterior.

El problema no era que Matt la hubiera besado, sino que le hubiera gustado tanto. No podía negar que ese beso había despertado en la joven sentimientos que no sabía que existieran y además del resurgir lo que había experimentado por él en el pasado. Aún podía revivir cada segundo del magnífico interludio y volver a notar los efectos en su ser. No podía dejar de preguntarse por qué su cuerpo la traicionaba así.

Sabía que no lo volvería a ver y aunque tendría que sentirse aliviada, la verdad era que se sentía devastada. Por un lado, no había cumplido su cometido de hacer que Matt y Maura se reencontraran; sus buenas intenciones habían desembocado en esfuerzos inútiles. Por otro lado, se sentía

infeliz al saber que jamás volvería a pasar... era como conocer el paraíso para luego ir al infierno.

No comprendía por qué la había besado. Si bien era cierto que había sido cortés y amable, también lo era el que indirectamente le había dicho que no la perdonaría por lo que le había hecho tantos años atrás. ¿Entonces por qué le había hablado de la atracción que sintió por ella en el pasado? ¿Por qué la había besado?

—¿Qué te pasa? —preguntó Maura sentándose junto a ella—. Y no me digas que nada, porque no te voy a creer. Llevas varios días muy extraña: callada, misteriosa y hoy te veo triste. ¿Acaso no confías en mí?

Cristina sonrió con tristeza. Maura se preocupaba por ella. Desde que Cristina había cometido esa terrible injusticia con Matthew, su relación con Maura había cambiado de modo radical.

Recordó claramente esa noche. Después de que la policía se hubiera llevado a Matthew, Francisco había llevado a su esposa a su habitación para reconfortarla y Cristina había ido a la suya, desde donde escuchaba los sollozos de Maura. No había dormido pensando en lo que había hecho y a la mañana siguiente decidió confesar la verdad. Se había levantado y había ido directamente a la

habitación de su padre, y con lágrimas en los ojos había dicho toda la verdad.

Naturalmente, su padre la había reprendido fuertemente, recalcándole lo irresponsable de su acto y las consecuencias que traería; después del regaño, la castigó prohibiéndole salir con sus amigas durante seis meses, castigo que Cristina había aceptado sin quejarse.

Después había esperado las palabras de Maura. Esperaba un fuerte regaño, una bofetada, un reproche, pues sabía que los merecía. Pero en cambio había recibido un abrazo y un beso en la frente.

—No llores, Cristina, ya verás como todo se soluciona —había dicho la mujer.

Entonces Cristina se había dado cuenta de la nobleza del alma de Maura. Se propuso a ser buena con ella y con Matthew, cuando regresara. Estaba dispuesta a confesar ante quien fuera su error y a asumir sus responsabilidades. Se juró intentar querer a su madrastra y hermanastro y no volver a hacerles mal nunca más.

Había ido con Francisco, Maura y un abogado a declarar para que dejaran a Matthew en libertad. No obstante, se llevaron la sorpresa de que Matthew ya había sido liberado. Pensando en que Matthew regresaría a casa,

habían retornado al hogar, pero él no llegó; ni ese día ni nunca más.

Durante semanas, Maura estuvo angustiada sin saber la suerte de su hijo, pero con el tiempo pareció resignada a que no volvería. Para Cristina no había sido fácil asumir que había separado a una madre de su hijo, y el dolor crecía ante la incertidumbre del destino de Matthew. Por eso, al comenzar a trabajar, había destinado parte de su sueldo para contratar investigadores privados que lo buscaran.

Cristina tomó una mano de Maura. Allí, sentada junto a ella, tan preocupada, se arrepintió de nuevo por no haber sido amable con ella desde el principio.

—Claro que confío en ti —dijo Cristina—. Pero no quiero que te preocupes por tonterías. Ya se me va a pasar.

—Si llevas varios días así, no será una tontería —dijo Maura—. Pero respetaré tu decisión. Solo quiero que sepas que tu papá y yo estamos aquí para ayudarte en lo que quieras y apoyarte en todo. Te amamos mucho.

Los ojos de Cristina se anegaron. Maura se había convertido en casi una madre para ella. La joven se abrazó a la mujer y sintió esos brazos protectores rodeándola, reconfortándola mientras lloraba sobre su hombro. Después de un rato, se separaron y Maura le secó las lágrimas. Lo que iba a decir fue interrumpido por el timbre de la puerta.

Las mujeres se miraron extrañadas, pues nadie los visitaba en esa época. La voz de Francisco llegó hasta ellas ofreciéndose a abrir. Pasaron unos instantes y al no recibir sonido alguno, las mujeres se levantaron avanzaron hacia el pasillo que conducía a la puerta.

—¿Quién es, amor? —preguntó Maura.

Al llegar allí, las mujeres vieron que Francisco estaba abrazado a un hombre... y Cristina lo reconoció de inmediato.

—Matthew —dijo Maura con la voz temblorosa—. Hijo.

Los hombres dejaron el abrazo y entonces fue Maura quien ocupó su lugar en los brazos de Matt.

A Cristina le parecía casi increíble lo que estaba pasando. Matthew había accedido a su pedido. ¿Por qué? Después de lo que había pasado la noche anterior, después de que ella saliera corriendo de su casa sin hacer caso a su llamado, sabía que él no iría. Pero fue. ¿Por qué?

Estaba allí abrazando a su madre.

—No sabes la alegría que me da verte aquí —dijo Maura sonriente y los ojos anegados—. Bienvenido. Cuánto he soñado con esto.

Matt miraba a su madre con verdadera devoción. Para él debió haber sido muy difícil haber estado alejado de ella todos esos años.

Durante unos momentos, compartieron frases susurradas, un momento de intimidad que solo les pertenecía a ellos dos. Después de un rato, se separaron. Matthew avanzó por el pasillo hacia el interior de la casa.

—¿Y tú, Cristina, no me das la bienvenida? ¿No me das un abrazo? —preguntó.

¿Cómo negarse? Su padre y Maura estaban allí. Era impensable rechazarlo.

—Claro que sí —dijo ella sonriendo y yendo hacia él. En cuanto estuvo a un paso, él pasó sus brazos por debajo de los de ella y la estrechó contra su pecho. De nuevo la exquisita sensación que la había asaltado la noche anterior volvió a ella. Saberse una vez más entre sus brazos, sentir su cuerpo pegado al de ella, oler su aroma a colonia y a hombre, la hizo añorar lo que no debía. Se limitó a poner sus brazos sobre los hombros de él para corresponder el abrazo.

—Te ves hermosa sonriendo —le susurró él al oído y Cristina sintió que se sonrojaba.

Después de un rato la liberó y ella notó que él la miraba con los ojos brillantes. Bajó su rostro para huir de él y de ella misma.

—Pero no te quedes ahí, hijo, ven acá —dijo Maura tomándolo de la mano y llevándolo a la sala. Allí se sentó con él en un sofá. Francisco y Cristina los siguieron y también se sentaron frente a ellos.

—Este es el milagro más hermoso que he recibido en muchos años —dijo Maura.

—Pues debes agradeceréselo a Cristina —dijo Matthew—. Fue ella quien me buscó y me pidió que viniera a verlos.

Las sorprendidas miradas de Francisco y Maura se posaron sobre el sonrojado rostro de la muchacha que sonrió con timidez.

—¿Es eso cierto, hija? ¿Buscaste a Matthew?

Ella asintió.

—¡Cristina! —dijo Maura corriendo hacia ella y abrazándola—. No te imaginas lo feliz que me hace saber eso.

—Y a mí me hace feliz que te hayas reencontrado con tu hijo —dijo la joven.

Maura le sonrió a Cristina y le dio un beso en la mejilla.

Durante la siguiente hora, Matt les habló de lo feliz que se sentía al volver a estar en esa casa, de la dicha de encontrarlos saludables y felices. Maura y Francisco también le hablaron de lo contentos que estaban al tenerlo de nuevo allí.

—Me imagino que te quedarás para la Navidad —dijo Maura.

—Tengo una idea mejor. ¿Qué tal si pasan unos días en mi casa? Así podremos estar juntos en Navidad y año nuevo. Mi casa es mucho más espaciosa que esta y quiero que la conozcan, además podrías armar el árbol de Navidad, mamá, recuerdo que te hacía mucha ilusión cada vez que llegaban estas fechas.

—No lo sé... —dijo la mujer—. ¿Qué dicen ustedes?

—A mí me agrada la idea —dijo Francisco—. Será bueno cambiar de ambiente este año. ¿Y tú qué piensas, Cristina?

¿Qué podía decir ella? No estar de acuerdo era darles el regalo para después quitárselos. Eso no sería justo.

—A mí también me gusta la idea —mintió. Pensar en estar un tiempo en aquel lugar la ponía muy nerviosa. ¿Por qué quería Matt llevarlos a su casa? ¿Acaso no era más fácil que él se quedara en la de ellos? ¿Por qué no les contaba qué había sido de su vida? Esa bienvenida había

sido cálida, sin embargo, ella la imaginó mucho más llena de emoción.

—Entonces no se hable más —dijo Matt—. Les propongo que vayan a empacar sus maletas.

Sin más, Cristina se retiró a su cuarto para elegir lo que iba a llevar. No podía dejar de pensar en lo que había pasado: su mente aún no asimilaba el hecho de que Matt hubiera ido a casa de nuevo y que ahora ellos se prepararan para ir unos días a su mansión. Recordó el abrazo que se habían dado y solo pudo pedir a Dios que la ayudara a controlar lo que sentía por él.

No podía negar que la casa era hermosa. Después de haber llegado, Betty la había acompañado a su habitación mientras Matt le enseñaba la suya a Maura y a Francisco. El ama de llaves se mostró muy contenta y amable al saber que la familia de Matt pasaría las Navidades con él, pues según ella, siempre estaba muy solo.

La habitación que le habían asignado era preciosa. Era espaciosa, en el centro había una cama doble muy

blanda y a un lado, ventanales por donde entraba mucha luz. Estaba decorada en tonos verdes y le pareció muy acogedora. Se preguntó cómo sería vivir en un sitio así...

Se regañó por el rumbo que tomaba su imaginación. Decidió concentrarse en instalarse en el cuarto y guardar en el armario sus pertenencias. Estaba terminando de acomodar su ropa cuando sintió que llamaban a la puerta. Pensó que sería Maura para preguntarle sobre su habitación. Pero al abrir, encontró a Matt.

—Hola —dijo él sonriendo.

—Hola —dijo ella algo intimidada.

—¿Cómo te sientes en esta habitación? ¿Te gusta? —preguntó entrando.

Cristina se sentía nerviosa con él allí, pero no podía impedirle que entrara en las habitaciones de su propia casa.

—Sí, gracias, es hermosa —dijo ella.

—Me alegra —dijo él.

Se miraron a los ojos durante unos instantes y a Cristina le pareció que repentinamente la temperatura del ambiente había subido.

—Gracias por ir a casa. Gracias por invitarnos aquí. Para Maura y para mi padre esto es muy importante —dijo ella para romper el tenso silencio.

—Para mi madre y para tu padre —dijo él—. ¿Y para ti? ¿Significa esto algo para ti?

Cristina se removió incómoda. De súbito su mente viajó a lo que había pasado la noche anterior. Pero debía olvidarlo, tenía que olvidarlo.

—Eso no... no es lo realmente importante —dijo ella alejándose un poco de él, dándole la espalda para ocultar su rostro y que él no notara lo que le hacía sentir.

—¿Por qué insistes en que no importa? —preguntó él siguiéndola, tomándola por el brazo y obligándola a mirarlo como la primera noche—. Insistes en escarbar en el pasado, pero te niegas a admitir la atracción entre nosotros.

—¡Suéltame! —dijo logrando liberarse. Lo miró a los ojos para seguir—. No sé de qué atracción hablas.

—Claro que sí. No lo niegues. El fantástico beso de anoche me dijo que no te soy indiferente.

Cristina sintió enrojecer.

—Te equivocas. El beso de ayer no significó nada —mintió.

En un solo movimiento, Matt la atrapó en sus brazos.

—Quizás este sí signifique algo —dijo él antes de besarla.

La boca de Matt asaltó sensualmente la de ella. Primero rozó sus labios con los de él, después los

mordisqueó y finalmente introdujo su lengua dentro de la húmeda cavidad para acariciarla. Los brazos de él la mantenían prisionera, sosteniéndola contra su musculoso y cálido cuerpo. Extrañamente, Cristina no quería escapar de esa prisión.

De nuevo el fuego líquido recorrió su cuerpo femenino y lenguas de fuego lamieron sus pechos, su vientre. No pudo evitar devolver el beso de la misma manera, con la misma pasión. Una sensación de anhelo se posó en su cuerpo: necesitaba algo, quería más.

Las manos de Matt comenzaron un atrevido viaje hacia sus senos. Por encima de la blusa los acarició y pellizcó los pezones haciendo que el ardor en el cuerpo de la joven aumentara.

—Es esto lo que hay entre nosotros, Cristina —dijo él con voz ronca besando el cuello de cisne—. Te deseé en el pasado y te deseo ahora, quizás con más intensidad al ver que respondes del mismo modo apasionado.

—No —susurró ella.

—Sí, claro que sí —dijo él antes de volver a tomar su boca en un beso todavía más sensual—. Eres tan sexy, tan hermosa, tan apasionada y me deseas tanto como yo a ti.

Matt la tomó en sus brazos y en menos de dos zancadas estuvo junto a la cama donde la depositó con

ternura antes de seguirla y tumbarse suavemente sobre ella para continuar besándola.

Cristina se sintió en el cielo al percibir el peso de Matt sobre ella, y las sensaciones la embriagaron cuando él presionó la parte baja de su cuerpo, haciéndole sentir su erección y comenzando a moverse sensualmente sobre ella.

—No puedes negar que estás tan deseosa de esto como yo —dijo él paseando sus manos por el cuerpo femenino—. Lo deseas, sé que lo deseas.

Sí, lo deseaba. Pero no podía permitir que pasara.

Apelando a la poca fuerza de voluntad que le quedaba, Cristina lo empujó y logró levantarse de la cama para alejarse unos pasos.

—No, Matt —dijo ella—. Vete, sal de aquí.

El joven se levantó y se arregló la ropa arrugada. Ella pensó que volvería a abrazarla y besarla, pero comenzó a caminar hacia la puerta.

—Puedes correr todo lo que quieras, puedes negarlo, puedes esconderte, pero jamás podrías escapar de ti misma y de lo que sientes.

Matt salió de la habitación y la dejó perpleja y anhelante.

¿Por qué ese hombre insistía en besarla y tocarla? Cuando llegó a su casa y los invitó, pensó que lo de la

noche anterior quedaría olvidado e ignorado, que fingirían que nunca sucedió. No obstante, parecía que no iba a ser así. Él insistía en que había sentido algo por ella en el pasado, insistía en revivirlo en el presente. ¿Por qué? Era absurdo, pues si se llevaban bien, solo era por sus padres, además eran hermanastros. El pasado pesaba mucho, demasiado.

¿Por qué estoy pensando en esa posibilidad?, se regañó. Era ilógico, era imposible y Matt tendría que entender que no podría haber nada entre ellos, y si insistía en esa atracción, ella se iba a encargar de eliminarla, a como diera lugar.

Capítulo 5

Esa noche, Cristina conoció facetas de Matt que no sabía que existían. Por ejemplo, que era muy divertido. Durante la cena conversó agradablemente y los hizo sentir en un ambiente familiar. Ella no recordaba que hubiera sido así... o quizás sí, solamente que no quiso verlo pues solo le interesaba huir.

También descubrió que era atento y cortés, siempre preocupado por hacerlos sentir cómodos con todo. Estaba haciendo un excelente papel de anfitrión.

Cuando se fue a dormir, Cristina se dijo que, si ella hubiera sido diferente en el pasado, habría descubierto que Matt era un hombre magnífico hace mucho y las cosas entre ellos habrían podido marchar bien.

Su corazón volvió a saltar al recordar la forma en que la hacían sentir sus besos y sus caricias. Lo que había pasado esa tarde en ese mismo cuarto la había dejado mareada y anhelante... había sido tan erótico, que la excitación le duró por varias horas y tuvo que hacer

esfuerzos para aquietar su cuerpo agitado. Pero no podía ser. Era mejor olvidarlo.

Al otro día despertó después de haber pasado una noche inquieta de sueños en los que Matt era el protagonista y en los cuales llevaba muy poca ropa... o nada.

Haciendo a un lado esos pensamientos, se levantó.

Después del desayuno, Maura la invitó a adornar el árbol de Navidad. Así que la ayudó sintiéndose contenta porque esta buena mujer era realmente feliz ahora. Se lo merecía después de tantas Navidades sin su hijo, de tantas otras fiestas como cumpleaños y día de la madre sin él a su lado. Unos minutos después de comenzar con la labor, Matt y Francisco se sentaron a observarlas y a hacerles bromas. Por primera vez en muchos años, Cristina se sentía en familia, como siempre debió haber sido entre ellos.

Para la tarde, Matt había planeado un picnic en un bosque que había cerca de allí. Todos habían aceptado encantados. Sin embargo, justo antes de salir los planes cambiaron.

—¡Ay! —se quejó Francisco al terminar de bajar la escalera.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Cristina preocupada yendo hacia él.

—Creo que volví a resentirme el esguince del pie — dijo el hombre sentándose sobre un escalón y revisando su pie derecho.

—No te preocupes, cerca hay un hospital, no tardaremos en llevarte —dijo Matt.

—No, muchacho, no es necesario —dijo Francisco—. Hace un par de años tuve un esguince y de cuando en cuando molesta. Basta con no apoyar el pie durante un par de días.

—Entonces deja que llame al médico —insistió Matt.

—No, no es necesario. Lo único que lamento es que les eché a perder el paseo.

—No te preocupes, papá. Ya habrá tiempo de ir en otra ocasión, lo importante es que estés bien.

—No, no quiero arruinarles la tarde —dijo Francisco—. Vayan ustedes, yo me quedaré a descansar.

—No permitiré que te quedes solo —dijo Maura—. Que vayan los muchachos.

No, gritó el corazón de Cristina. Estar a solas con Matt era peligroso.

—No... no es necesario... podríamos ir después... todos juntos... —tartamudeó Cristina.

—Pero Betty preparó comida deliciosa y se va a desperdiciar si no van —dijo Maura—. No te preocupes por nosotros. Después iremos todos, por ahora diviértanse.

Cristina no podía negarse más, pues su padre y Maura podrían interpretarlo como un desprecio abierto a Matt. Así que solo sonrió y asintió.

—Sí, tienes razón —dijo la joven.

En unos minutos, Matt y Cristina se dirigían al lugar en el hermoso coche de él.

—Solos de nuevo —dijo Matt y a Cristina le pareció que la voz del hombre tenía un tinte travieso.

—Sí, así es —dijo ella sin mirarlo.

Hicieron el recorrido en silencio. En pocos minutos llegaron al hermoso lugar. Había un sublime bosque de olorosos pinos y un pequeño claro, el lugar perfecto para acomodar la manta y la cesta de comida. También había un lago y tras él, se veían unas montañas de muchos tonos agradables. La naturaleza era encantadora. No soplaba el viento, así que la tarde se presentaba apacible.

El que no estaba tranquilo era el corazón de Cristina que no dejaba de retumbar. No podía evitarlo, por más que tratara, imágenes del apasionado abrazo del día anterior y de la noche en que él la invitó a cenar la acosaban continuamente.

Salieron del auto y se instalaron en silencio.

—¿A qué le temes? —preguntó Matt de súbito.

A soñar con lo imposible, a enamorarme de ti.

—A nada —mintió ella sentándose sobre la manta fingiendo buscar algo en la cesta.

—¿Entonces por qué estás nerviosa? —preguntó él sentándose también en la manta.

—No estoy nerviosa —mintió de nuevo.

—Lo estás —la contradijo él—. Pero no te preocupes, no haré nada que tú no quieras.

Él sonrió y le guiñó un ojo, lo cual por poco derriba la escasa defensa que había logrado levantar la joven. No pudo evitar sonreír mientras él tomaba una manzana y la comía.

—Es un lugar hermoso. ¿No te parece? —dijo él fijando su vista a lo lejos.

—Sí, es precioso. Se siente mucha paz —dijo ella.

Durante unos instantes no hablaron. En silencio compartieron la tranquilidad del lugar y por alguna razón extraña, Cristina se dijo que sin él allí, el sitio no le hubiera parecido tan perfecto.

—Háblame de ti —pidió él después de un rato.

—¿De mí?

—Sí. Llevamos ocho años sin saber el uno del otro. Supongo que hay mucho que contar —dijo él.

—Bueno... nada fuera de lo imaginable... quizás tú sí que tengas muchas cosas interesantes que decir —dijo ella.

Él se recostó en la manta.

—No sé si interesantes, pero sí muchas. Y comienzan precisamente la noche en que la policía me arrestó. Unos meses atrás yo había encontrado a mi padre. Me ofreció su ayuda y cercanía, pero la rechacé. Esa noche recordé su ofrecimiento, sabía que él podría ayudarme. Y lo hizo, pagó la fianza y salí en menos de dos horas.

Cristina se alegró de que el sufrimiento de Matt no se hubiera prolongado.

—Esa noche, mi vida cambió así como la de ustedes —continuó Matt—. Después de contarle lo sucedido, mi padre me propuso que me quedara con él. No sé si lo sepas, pero cuando mi madre se enamoró de él no sabía que era casado ni que tenía un hijo: él lo ocultó muy bien. Ella se enteró de eso cuando quedó encinta y por supuesto, lo dejó.

Ella negó.

—Jamás le pregunté. Es algo muy íntimo —dijo Cristina.

—Pues así era. Cuando contacté a mi padre me dijo que su esposa y su hijo habían muerto en un accidente unos años antes, así que eso me convertía en su único heredero. Rechacé vivir con él, pero las circunstancias me llevaron a buscarlo y aceptar. No me arrepiento, pues hice crecer su empresa y lo hice feliz los últimos años de su vida. A veces pienso que podría agradecértelo —dijo sonriendo.

Cristina sintió vergüenza nuevamente. Nada justificaba lo que había hecho.

—Y ahora cuéntame de ti —dijo él.

—Siempre he vivido con mi padre y Maura. Hace cuatro años comencé a trabajar con papá, y hace tres me dejó a mí la enorme responsabilidad de dirigir —dijo ella—. Con la ayuda de él lo he hecho bien, o eso creo.

—¿Y... hay alguien especial en tu vida? ¿Un novio tal vez? —preguntó él.

—No... no... hay nadie —dijo ella nerviosa al ver que él se acercaba peligrosamente.

—Así que no hay un novio —dijo él visiblemente contento—. Me alegro mucho de oír eso.

—Matt... por favor...

—Yo no he dejado de pensar en ti en todos estos años —dijo él—. Y no me refiero a lo que pasó esa noche. Me refiero a ti, a tu belleza, a tu personalidad fuerte y rebelde, a

esos ojos que parecían siempre a punto de llorar o matar. Siempre que conozco una mujer no puedo dejar de compararla contigo, de preguntarme cómo serías ahora, de desear verte.

—Por favor, Matt...

No pudo terminar de hablar, pues Matt la besó.

Al igual que las veces anteriores, las intensas sensaciones la invadieron mientras él la estrechaba entre sus brazos. Las resistencias de Cristina estaban mermadas por el agradable ambiente de paz, así que no quiso ni pudo oponerse. Las manos de Matt comenzaron a acariciar su espalda y sus brazos. En breve, la tomó para acostarla suavemente sobre la manta y él se reclinó sobre ella para continuar con el maravilloso asalto a sus sentidos. El ahora conocido fuego del deseo se apoderó de ella haciendo estragos en su fuerza de voluntad. ¿Cómo resistirse a aquel delicioso néctar que la embriagaba con tanta dulzura?

Sentirlo sobre ella era grandioso. Era tan fuerte, pero a la vez cálido y tierno. Las manos de él comenzaron a pasearse por el abdomen de ella para subir a sus pechos y sopesarlos por encima de la ropa. La sensación de fuego era maravillosa y Cristina no pudo evitar gemir de deleite mientras Matt todavía la besaba. La traviesa mano masculina se dirigió a los botones de la blusa y comenzó a

desabrocharla poco a poco. Luego, ella sintió la cálida mano de él sobre su piel, tocando primero y después desabrochando el sujetador para tomar los senos con libertad.

Y así Cristina firmó su rendición. Matt la acariciaba de un modo tan suave y sensual que no dejaba de gemir mientras la boca masculina se deleitaba en la de ella. Las manos de ella se dirigieron juguetonas a la camisa de él para desabotonarla: necesitaba sentir su piel. Él la ayudó y en breve se quitó la prenda, dejando a la vista un torso y brazos musculosos y bronceados.

Por unos instantes, estuvieron contemplándose, así, semidesnudos, reconociéndose como amantes. Luego, Matt volvió a besarla en la boca para después resbalar sus labios por el cuello femenino hasta llegar a los pechos de la joven.

—Eres tan hermosa, tan perfecta. Eres mucho más sexy y bella de lo que siempre soñé —susurró con voz seductora.

Cristina no acababa de asimilar las palabras cuando la boca de Matt tomó uno de los pezones erectos para succionarlo con suavidad mientras una de sus manos acariciaba el otro pezón. No pudo evitar gemir mientras el fuego líquido atizaba la zona más femenina de su ser. Las

manos de él se dirigieron al botón del pantalón de ella, para quitárselo junto con las bragas; ella no se resistió.

—Tu cuerpo es perfecto —dijo él antes de volver a besar sus pechos. Su boca se fue deslizando por su abdomen hasta alcanzar el triángulo de rizos. Cristina sintió el aire frío en aquella húmeda cavidad cuando separó las piernas, pero este desapareció cuando la boca de Matt se ocupó de ella. Allí, lamió y mordisqueó el pequeño botón de carne mientras ella se retorció de deleite.

—¡Matt! —susurraba ella por el placer. Jamás se imaginó que se sintiera de esa manera. Matt era un amante experto, su boca le daba placer a la vez que sus dedos cálidos e incitantes se introducían en ella con suavidad, sondeándola, preparándola.

—Estás calentita y húmeda para mí —dijo mientras subía recorriendo el mismo camino que había llevado de bajada—. Ya no puedo esperar más.

En un instante, terminó de desnudarse y tomó posición sobre ella. La besó de nuevo en la boca y ella lo abrazó. Sus manos acariciaron la espalda musculosa y fuerte; las de él acariciaron los muslos femeninos mientras se acomodaba sobre ella.

—¡Matt! —volvió a susurrar ella.

—Sí, mi amor, soy Matt, el hombre que te hará el amor como jamás imaginaste, el hombre que siempre te ha am... deseado y siempre lo hará.

Matt comenzó a penetrarla despacio; quería sentir cada milímetro de esa cavidad rodeándolo. El placer que sintió no se comparaba con nada que hubiera vivido antes y tuvo que contenerse para no perder el control. Ella estaba muy cerrada, pero la humedad natural permitió el acceso. En cuanto estuvo totalmente dentro de ella se quedó muy quieto, pues quería que ella se acostumbrara a su tamaño.

Gemidos entrecortados salieron de los labios de Cristina. La molestia por la novedad de tenerlo dentro no se comparaba con el placer tan intenso que lamía su ser en llamas ardientes. Jamás se imaginó que sentirse llena y penetrada fuera tan placentero. Y las sensaciones se volvieron más poderosas cuando él comenzó a moverse en su interior, saliendo y entrando, a la vez que su boca volvía a tomar la de ella con renovada pasión y sus manos acariciaban su sensible piel.

El mundo entero dejó de existir. El placer que inundaba sus cuerpos era lo único importante en el universo. La pasión a la que se entregaron por entero los envolvía en una nube de delicia que ninguno de los dos se imaginó si quiera que existía. En pocos instantes, juntos

alcanzaron la tan anhelada cima del placer entre suspiros y trepidaciones.

Instantes más tarde, Cristina volvió a la realidad, poco a poco, saliendo de aquella nube sensual que la envolvió por algunos minutos. Matt aún estaba abrazado a ella, besando su cuello con tiernos picotones mientras sus manos recorrían su piel. Era como si con esas caricias le estuviera diciendo que había sido maravilloso. Ella correspondió de la misma manera, acariciando su espalda.

—No —dijo él—. Si no te quedas quieta, no podré controlarme.

Entonces ella se sintió atrevida e intensificó las caricias. Él le tomó las manos y se las detuvo sobre la cabeza.

—Hablo en serio. Tenemos que vestirnos, podría venir alguien —dijo Matt antes de darle un apasionado beso y alejarse de ella para comenzar a ponerse la ropa.

Cristina también comenzó a vestirse y a despertar de la locura que había cometido. ¡Había hecho el amor con Matt! Lo peor de todo era que le había parecido la experiencia más hermosa de toda su vida. Cuando se terminó de vestir, vio que Matt estaba recogiendo todas las cosas del picnic.

—¿Ya nos vamos? —preguntó ella.

—Sí, si nos quedamos aquí volvería a hacerte el amor y por más fantástico que sea no es el lugar.

Matt se acercó a ella y la besó tiernamente. Si él no la hubiera estado abrazando, seguramente se habría caído al suelo por el placer de ese beso sumado a las ligeras réplicas de su anterior placer.

En poco subieron al auto y volvieron a casa sin hablar. Ella tenía miedo de que él le dijera que había sido un error... aunque ella era plenamente consciente de que así había sido.

¿Cómo pudo sucumbir? Había sido una locura. Matt era el hijo de su madrastra, el hombre a quien ella tanto daño le había hecho en el pasado. Era sencillamente impensable. Quizás lo mejor era olvidar lo que había pasado, borrarlo de su mente. Agradecía que él no le dijera nada, eso solo la haría sentir más vergüenza.

En cuanto llegaron a casa, Maura preguntó por el motivo del pronto regreso y Matt le dijo que estaba haciendo frío. Cristina se retiró a su habitación explicando que se sentía cansada y se recostó en su cama a pensar en lo que había pasado.

Los sentimientos que estaba experimentando eran algo nuevo para ella. Jamás se había sentido así, y lo más cercano a aquello era lo que había sentido por Matt en el

pasado... Su mente volvía una y otra vez a Matt. Nunca antes había conocido a nadie así. No solo era arrebatadoramente guapo, también era amable, tierno, dulce y apasionado. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso en el pasado? Había desperdiciado su tiempo odiándolo absurdamente, ahora se daba cuenta de ello. La forma en la que le hizo el amor la había cautivado por completo y entonces comprendió que se había enamorado de él.

Lo amaba. Lo amaba y era una completa estupidez, pues sabía que él no se enamoraría nunca de la mujer que lo había separado de su madre por tantos años, la misma que lo había calumniado y metido en serios problemas. Él se sentía atraído hacia ella, la prueba era lo que había pasado esa tarde. Pero eso no significaba que la amara o que llegara a amarla algún día. Y mucho menos con el pasado entre ellos.

Llegó la hora de la cena, pero Cristina no tenía hambre, así que le dijo a Betty que por favor les comunicara a los demás que estaba cansada y que quería dormir, que no cenaría esa noche. Después de ponerse su pijama se acostó y apagó la luz.

A pesar de la oscuridad y el silencio, no conseguía conciliar el sueño. No podía, pues la perseguían sus

atormentados sentimientos y lo que había pasado esa tarde. Su cuerpo y su alma anhelaban lo que no podía tener.

De repente, sintió que alguien entraba a su habitación. Era Matt.

—¿Estás dormida? —preguntó en un susurro llegando hasta la cama.

—No —dijo ella prendiendo la lamparilla del nochero. Se sorprendió al verlo llevar solo un albornoz.

—No bajaste a cenar —comentó él sentándose en la cama junto a ella que se había incorporado—. ¿Te sientes bien?

—Sí —mintió—. Estoy un poco cansada y quise acostarme temprano.

—Pensé que te había lastimado —dijo él.

Sí, así era, pero no del modo en el que él pensaba.

—No te preocupes, estoy bien —respondió ella en un susurro.

Entonces, la mano de Matt comenzó a acariciar la mejilla de Cristina.

—¿Tienes idea de lo hermosa que eres? —susurró él—. ¿Sabes cómo me haces sentir? Esta tarde no pude resistirme.

Enseguida él la besó.

Y de nuevo todo volvió a comenzar. Era inevitable.

Matt se quitó el albornoz y Cristina pudo ver que estaba desnudo. Ella sabía lo que vendría. Y no se negó. No podía negarse al hombre al que amaba y deseaba con toda su vida. No sabía si iba a ser la última noche de amor con él, pero no importaba porque lo único que quería era sentirse amada, aunque fuera por unas cuantas horas.

Sus cuerpos volvieron a unirse durante toda la noche, deleitándose en el maravilloso sentimiento que los unía: el amor.

Capítulo 6

Cristina despertó cuando el sol ya estaba alto. Su cuerpo se sentía deliciosamente satisfecho y un tanto adolorido por el inagotable ejercicio amoroso de la noche pasada. No pudo evitar sonreír. Matt era un amante fabuloso. Le hizo el amor varias veces, en varias formas y en varios matices, y siempre la había dejado satisfecha y jadeante. Cuando pensaba que no podía continuar, él la excitaba con su boca, manos y cuerpo y ella respondía de manera apasionada. Al alba, después de que por fin quedaron saciados, ella se había dormido en sus brazos, con su cabeza sobre su pecho y sus fuertes brazos rodeándola.

Se movió saliendo de la somnolencia y se giró para buscar a Matt. Pero ya no estaba. Se había ido en algún momento y ella no lo había notado.

Cristina se levantó de la cama y se dirigió al baño a tomar una ducha. ¿Qué significaría el que él no despertara a su lado? En la maravillosa noche no hubo espacio para palabras, solo para besos, caricias y sensaciones. ¿Significaba eso que se arrepentía? Lo admitiría si hubiera

sido una sola vez, como la tarde pasada en el bosque. Sin embargo, el hecho de que él la buscara la noche anterior, la forma en que la había tomado y la pasión irrefrenable que había entre ellos le decían algo diferente.

Después de vestirse decidió que lo mejor era hablar con Matt de una buena vez. Tenían que poner en claro todo lo que estaba pasando; su corazón y su paz dependía de ello.

Salió de su habitación y notó que la casa se sentía extrañamente vacía. Esa noche sería nochebuena y Betty se había ido a visitar a su familia, pero los demás, ¿dónde estaban? Después de bajar las escaleras y buscar en la sala y el comedor sin encontrar a nadie, se dirigió a la cocina. Escuchó la voz de Maura, pero justo antes de entrar oyó algo que la detuvo.

—No estoy de acuerdo con lo que le estás haciendo a la pobre Cristina —dijo Maura con voz enérgica.

—Por favor, mamá... —dijo Matt.

—No quiero hacer parte de este engaño —añadió Maura con visible enfado en su voz.

Cristina sintió que la sangre se le heló. Y de repente lo vio todo claro. Seducirla y después abandonarla con el corazón destrozado era la venganza de Matt por lo que le había hecho en el pasado.

—Quiero mucho a Cristina y no quiero que sufra —
continuó Maura.

—Mamá... quiero que me dejes hacer las cosas a mi
manera —insistió Matt.

—Cristina es una joven sensible. ¿Te has puesto a
pensar en sus sentimientos?

Cristina no quiso escuchar la respuesta que iba a dar
Matt, así que se marchó sin hacer ruido para que no notaran
que había estado allí. Corrió hacia su habitación y cuando
llegó se lanzó sobre la cama para dar rienda suelta a sus
lágrimas.

No lo podía creer. Matt solo había querido vengarse
de ella del modo más cruel posible: enamorándola para
después romperle el corazón. Lo peor era que lo había
logrado, ella misma se lo había puesto muy fácil. Sí, ella se
había enamorado de él, lo amaba.

*Es que no puede ser. La forma en la que me abrazó,
me besó, me hizo el amor... Son cosas que no se pueden
fingir,* se dijo tratando de convencerse, pero sabía que no
era cierto, sabía que para él solo había sido su forma de
resarcirse, de hacer justicia. ¿Quién era ella para negarle el
hecho de vengarse por el daño que le había causado? Él
tenía derecho de tomar represalias. Aunque no de una
manera tan cruel, no al precio de su corazón.

Cristina seguía llorando desconsolada. Nunca antes en su vida se había enamorado, y ahora que lo hacía le destrozaban el corazón. *Fuiste una estúpida. ¿Cómo pensaste que ese hombre magnífico se va a fijar en ti, después de lo que tú le hiciste?*, se regañó.

Los pensamientos de Cristina fueron interrumpidos cuando alguien tocó a la puerta. Ella se secó rápidamente las lágrimas.

—¿Quién es? —preguntó la joven.

—Soy yo —dijo Matt.

—¡Vete, no quiero verte! —dijo ella.

Pero Matt no obedeció y entró rápidamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado llegando hasta ella que se alejó de él dándole la espalda.

—Quiero estar sola —dijo tratando de no dejar ver el dolor en su voz.

—¿Por qué? ¿Estás enfadada? ¿Qué te pasa, mi amor?

—Pasa... —comenzó ella tratando de sonar tranquila—. Pasa que me arrepentí de lo que sucedió anoche, que ahora veo que eso no significó nada para mí.

En un par de segundos, sintió que Matt la tomaba por los hombros para ponerla de cara a él.

—Eso no puede ser verdad —dijo él con furia mirándola a los ojos—. Has estado llorando. ¿Por qué?

Ella se liberó y se alejó de él.

—Porque me arrepentí, ya te lo dije. Fue una estupidez permitir que esto llegara tan lejos.

Hubo un corto silencio.

—No me estás diciendo la verdad —dijo él—. Lo que pasó anoche fue fantástico. Te sentí estremecerte una y otra vez en mis brazos. Dijiste mi nombre muchas veces mientras nuestros cuerpos iban juntos a la cumbre del placer. Dime la verdad.

—Ya te la dije —insistió—. Si no la quieres creer, no es mi problema.

Matt caminó por el lugar durante unos momentos. De repente le sonó el móvil. Antes de contestarlo soltó una maldición y le habló a Cristina.

—Esto no se queda así. Tenemos que hablar y me dirás la verdad.

Matt salió del cuarto contestando la llamada. Cristina solo tuvo fuerzas para acostarse en su cama, abrazar su almohada y llorar desgarradoramente.

Ya estaba. Le había dicho a Matt que lo de la noche anterior no había significado nada... así protegería un poco

su corazón, así él sabría que lo que se proponía no la había afectado en lo más mínimo. Su orgullo estaba a salvo.

No supo cuanto tiempo permaneció llorando. Volvió a la realidad cuando una suave mano le tocó el brazo.

—¡Cristina, por Dios! ¿Por qué lloras así? —preguntó Maura con preocupación sentándose junto a ella.

—Tú lo sabías, Maura —dijo ella en medio de las lágrimas—. Sabías lo que Matt planeaba y no me dijiste nada.

Maura bajó el rostro con gesto culpable.

—Perdóname. Él insistió tanto... y le dije, le advertí que no lo hiciera, pero es tan terco. ¿Ya hablaste con él?

—No, no quiero —dijo ella.

—¿Entonces cómo te enteraste?

—Porque te escuché hablar con él en la cocina.

—¡Por Dios! —dijo Maura angustiada—. Sé cómo te sientes. Pero debes hablar con él.

—No, no lo haré —dijo Cristina con terquedad.

—Cristina, huir no es la manera de solucionar los problemas. Debes hablar con él para que te explique por qué lo hizo.

Cristina sabía bien por qué lo había hecho, sin embargo, su madrastra tenía razón. Debía hablar con Matt y dejar todo claro.

—Tienes razón —dijo Cristina—. Tengo que buscarlo y hablar con él.

—Me temo que tendrá que ser más tarde, tuvo que salir a recoger no sé qué encargo.

Cristina asintió. Eso le daba tiempo para serenarse y planear muy bien lo que le iba a decir. Maura la dejó sola y la joven se dedicó a concentrarse para hablar con Matt, para decirle lo que pensaba de él y para hacer acopio de todo su valor y expresarle que lo que le había hecho no la afectaba en absoluto.

La cena de nochebuena no estaba siendo nada fácil, y Cristina adivinó que el día siguiente, la Navidad, tampoco lo sería. No quería que lo que le había pasado con Matt interfiriera en la felicidad de su padre y Maura. Así que decidió que debía fingir alegría, un fingimiento que muy seguramente no podría sostener por mucho tiempo.

Antes de la cena, no había podido hablar con Matt, pues volvió justo unos minutos antes de sentarse a la mesa con todos. La charla fue amable y casi siempre dirigida por

Francisco y Maura que parecían no notar el ambiente tenso entre Matt y Cristina.

—Bueno, yo los dejo. Mi pie aún está un poco adolorido —dijo Francisco—. Buenas noches y feliz Navidad.

—Yo voy contigo —dijo Maura.

Después de que Maura y Francisco se despidieran de los jóvenes, Matt se acercó a Cristina.

—Ahora sí vamos a hablar —le dijo.

—Sí —dijo ella—. Terminemos con esto de una buena vez.

En silencio se dirigieron a la sala, completamente iluminada por las luces navideñas del bonito árbol. Era una sala hecha para compartir el amor y el calor de un hogar, no para discutir, pero Cristina sabía que era una discusión lo que se avecinaba. No quiso sentarse y él tampoco lo hizo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Matt.

—Ya sé la verdad —dijo ella sin vacilar, sin titubear y aparentando una calma que no sentía—. Sé que me engañaste.

Matt la miró y Cristina vio que su mirada tomaba un tinte de culpa.

—¿Cómo lo supiste?

—Te oí esta mañana en la cocina con Maura —dijo ella.

—Por eso estabas tan enfadada cuando fui a verte, por eso habías llorado.

Ella se giró para que él no notara que las lágrimas inundaban de nuevo sus ojos. Por más que se preparó para no llorar, no lo logró.

—No. Ya te dije que lloré porque me arrepentí de lo que pasó.

Matt se acercó a ella sin hacer ruido y la abrazó pegando su pecho a la espalda de la joven.

—Pequeña mentirosa —dijo a su oído—. Es solo que estás enfadada y quieres castigarme.

El hombre besó su nuca y Cristina se dijo que no lo soportaba más. Se liberó del abrazo y se alejó.

—¿Cómo te atreves a tocarme? —dijo furiosa—. ¿Cómo puedes pensar que volveré a permitir que me toques después de que me engañaste de esa manera, después de que me hiciste creer...?

Cristina no pudo terminar de hablar porque el llanto la invadió. Matt la tomó de la cintura y la llevó al sofá en el que se sentaron.

—Mi amor, no es para tanto —le dijo acariciándole el cabello.

—¿Cómo te atreves a decir...? Querías vengarte por lo que te hice hace años, querías enamorarme para después dejarme... ¿y dices que no es para tanto?

Matt frunció el ceño.

—¿Qué? ¡Por Dios, Cristina! ¿De qué hablas?

—Del engaño: me engañaste haciéndome creer que... que había algo entre nosotros.

Matt se quedó en silencio durante un rato.

—¿Qué fue exactamente lo que oíste esta mañana? —preguntó después.

—Maura te decía que no estaba de acuerdo, pero tú insistías.

—Así que no escuchaste todo.

—No, no hacía falta —dijo ella secándose las lágrimas—. Con eso me bastaba para saber qué pretendías.

—Pues te equivocas —dijo él con firmeza—. Hay una confusión. Jamás pretendí vengarme de ti.

Cristina quería creerle, con todo su corazón y toda su alma, quería creerle.

—Entonces lo del engaño... —dijo ella.

—Parece que aún no sabes la verdad —dijo él—. Y es hora de que la sepas, aunque te enfades de la misma manera. Llegó la hora de sincerarme contigo.

Matt se levantó y fue hasta la licorera y sirvió un whisky, igual a como lo había hecho la primera noche en que se vieron. Sin mirarla comenzó a hablar.

—La noche en que llegaste aquí diciendo que querías que me pusiera en contacto con mi madre me sorprendí mucho. Jamás pensé que me buscarías para eso, pero sobre todo, me sorprendí porque mamá no me dijo que ibas a venir.

—¿Qué? ¿Que Maura no te...?

—Jamás perdí el contacto con mi madre, Cristina. Ella siempre ha sabido de mí y yo de ella, de todos. Un mes después de esa noche hace tantos años, la llamé por teléfono y nos reunimos. Desde ese día nos hemos visto muchas veces. En eso consistió mi engaño, en no decirte que veía a mi madre con frecuencia y algunas veces también a tu padre.

Cristina no lo podía creer. ¿Por qué nunca se enteró? ¿Por qué se lo ocultaron? Ahora todo parecía encajar. El reencuentro entre Maura y Matt en casa de su padre había sido emotiva, pero no demasiado. Y ahora que lo pensaba, ni su padre, ni Maura y mucho menos Matt habían hablado del supuesto pasado separados, ni de lo que habían hecho en esos años.

—¿Por qué me lo ocultaron? ¿Por qué no supe nunca que se veían? ¿Por qué no me lo dijiste esa noche? ¡Cómo debiste reírte de mí, de mis esfuerzos por buscarte! —dijo ella.

—Claro que no —dijo él acercándose a ella y sentándose a su lado—. Por favor, escúchame. Tienes que oír todo. Un mes después de esa noche, telefoneé a mi madre y le dije que quería verla. La cité en casa de mi padre y la convencí de que lo mejor era quedarme a vivir con él, pues volver a casa de Francisco podría desencadenar otro suceso igual o peor.

Cristina no lo podía culpar por creer algo así. Tenía razón en pensar lo peor de ella.

—Mamá me dijo que estabas cambiando —continuó él—. Pero no quería arriesgarme ni arriesgarla a ella a que volvieras a ser la de antes si yo regresaba. Así que le supliqué que no dijera nada. El tiempo pasó y a pesar del cambio que habías tenido quise que no supieras de mis encuentros con mi madre; pensé que eso pondría en peligro la naciente relación entre ustedes. Los meses dieron paso a los años y jamás quise que la situación se modificara.

La joven lo observó. ¿Podía culparlo? No. Él no había visto el cambio operado en ella, no tendría modo de tener certeza de que esa nueva actitud fuera verdadera.

—Además tenía miedo —continuó él.

—¿Miedo de qué?

—De que me rechazaras. De que aceptaras solo a mi madre. Por lo que ella me decía jamás me nombrabas.

—Porque sentía vergüenza y culpa por lo que te había hecho. Por eso evitaba hablar de ti —se apresuró a aclarar ella.

Se miraron en silencio durante un rato.

—¿Por qué no me lo dijiste la noche en que vine a buscarte?

—Primero por la sorpresa de verte. Después porque quise probar si tu cambio era real... por eso te hablé de esa manera. Y solo conseguí que te marcharas.

—Me llamaste al día siguiente y me pediste que cenara contigo. Tampoco esa noche me dijiste la verdad.

—Iba a hacerlo... pero te besé y cambié de idea.

—No te entiendo.

Matt se levantó y comenzó a pasearse por la sala.

—Desde que te conocí te quise. Eras una niña triste y confundida que necesitaba amor y me dije que yo te lo daría. Creciste, poco a poco te ibas convirtiendo en una preciosa mujercita. Mis sentimientos también se transformaron y empecé a verte con ojos de hombre. Pero me despreciabas. Me dije que si lograba ganarme tu

amistad podría conquistarte poco a poco. Me dolían tus desprecios, me dolía verte con otros chicos, por eso te saqué de esa fiesta, porque no soporté ver que otro te besaba. Cuando... pasó lo de aquella noche, la noche del arresto, me dije que tu odio por mí era real y que tus sentimientos hacia mí nunca cambiarían. Y aunque mi madre insistió en que si volvía tendría una oportunidad, tuve miedo.

—¿Tu madre sabía...?

—Sí, ella conocía mis sentimientos por ti. Lo supo siempre. Me aconsejaba volver y tratar de conocerte, de acercarme a ti... pero fui un cobarde. Además, yo me decía constantemente que los años transcurridos sin vernos habían terminado con lo que sentía por ti. Pero todo cambio cuando me buscaste. Estabas tan hermosa que sentí renacer lo que había experimentado en el pasado, solo que con más fuerza. La primera noche quedé capturado por tu belleza y valentía. Cuando te marchaste me dije que mantener la distancia era lo mejor, pero esa noche no pude dormir pensando en ti. Tenía que volver a verte, por eso te invité a cenar. Esa segunda noche te besé y supe que tenía que buscar la oportunidad de conquistarte; ese beso fue magnífico para mí y sospecho que para ti también. Tú me ofrecías la disculpa perfecta: querías que volviera a ver a

mi madre y eso me daba ocasión de acercarme a ti para conocerte, para dejar que me conocieras, que todo se diera naturalmente entre nosotros.

—Y si me decías que ya estabas en contacto con Maura, el pretexto no serviría y todo se vendría abajo pues lo más seguro era que yo me alejara de ti —concluyó ella.

—Así es —dijo él—. Al día siguiente, muy temprano llamé a mi madre y le hablé de mi plan: fingir que regresaba y entrar en tu vida. Ella se molestó, no estaba de acuerdo en que te mintiera. Le juré que te diría la verdad en cuanto me dejaras ser tu amigo. Pero parece que mis planes se fueron al demonio, aunque yo presentía que mis sentimientos eran correspondidos por la forma en la que reaccionabas a mis besos... llegué a pensar que... sentías algo por mí.

Hubo un momento de silencio. Cristina estaba asimilando lo que él le había dicho. ¿Podría ser posible que Matt sintiera algo por ella? ¿Qué quizás con el tiempo...?

—Hasta parecía que el destino estaba de mi lado: tu padre no pudo ir al picnic y mi madre decidió quedarse con él —dijo Matt antes de sentarse junto a ella nuevamente—. Pero te juro que mi intención no era hacerte el amor. Solo quería conversar contigo, conocerte más y hacer que me

conocieras. De nuevo te besé, no pude resistirme y tú tampoco.

Cristina se sonrojó ante el recuerdo.

—No quería forzar ninguna situación, mi amor, te lo juro. Pero cuando estoy contigo no puedo hacer nada lógico. Lo mismo sucedió anoche. Cuando Betty nos dijo que no bajarías me preocupé, mi intención era ver que estuvieras bien, pero verte allí, en la cama... fue demasiado para mí.

La voz de Matt era grave y sensual. Los recuerdos que traía a su mente la estaban haciendo temblar.

—Pero parece que solo he empeorado las cosas. Ahora sí que me odias. Te arrepientes de haber hecho el amor conmigo y encima piensas que aquello fue parte de una retorcida venganza —dijo él con desánimo.

Cristina se sintió desolada. Ella había malinterpretado todo. Su absurdo miedo a sus sentimientos la había hecho ver lo que no era, la había hecho desconfiar de un hombre que siempre había mostrado lo mejor de sí. ¡Qué tonta!

—Matt...

—Shhh, no digas nada —dijo él mirándola con ternura y poniendo un dedo sobre sus labios—. Es mejor así. Solo quiero que sepas, que por más increíble que te parezca, te amo. Te he amado siempre, a pesar de que tú me

odias, a pesar de que pienses lo peor de mí. Reconozco que no actué de manera correcta al ocultarte la verdad y que fui demasiado rápido movido por esta pasión que haces surgir en mí. Pero puedo jurarte que todo lo hice por amor.

Lágrimas de alivio y emoción afloraron a los ojos de Cristina. No podía creerlo: ¡Matt la amaba! A pesar del pasado, a pesar de su miedo, de su desconfianza, a pesar de todo, la amaba.

—Matt...

—No llores —dijo él secando las lágrimas que caían por las mejillas de la joven—. No me gusta verte triste.

—No estoy triste —dijo ella sonriendo—. Estoy emocionada. Yo... también tengo algo que confesarte. Cuando era una adolescente... me gustabas mucho, pero era tan orgullosa que nunca lo admití. En cuanto te volví a ver... sentí que ese sentimiento no había muerto del todo... y fue en aumento cuando me besaste. Sabía que podía llegar a sentir algo profundo por ti, y tuve mucho miedo de no ser correspondida y de que el pasado pesara más. Me negué a creer que pudieras fijarte en mí... no sabía por qué me gustaban tanto tus besos y tus caricias... solo sabía que no podría luchar contra ello. Ayer en cuanto regresamos del lago, me di cuenta de que me había enamorado de ti, y por eso me había entregado con tanta felicidad. Ese sentimiento

se vio confirmado anoche cuando volvimos a hacer el amor. Por eso esta mañana, cuando supe que me habías “engañado” pensé lo peor... por el miedo de que un hombre tan maravilloso jamás pudiera amarme, y por eso inventé que me había arrepentido de lo que había pasado, para proteger mi corazón. Te amo, Matt.

En menos de un segundo, Matt tomó a Cristina entre sus brazos para besarla de forma dulce y apasionada. Con ese beso se transmitieron todo el amor que sentían el uno por el otro. Era como si se volvieran a confesar sus sentimientos con su dulce contacto.

—Mi amor, te amo tanto —dijo él estrechándola aún más—. Dime que serás mi novia.

—Seré tu novia —dijo ella feliz—. Te amo, Matt.

Él volvió a besarla con renovado fervor y juntos sintieron como la cálida llama del deseo inundaba de nuevo sus cuerpos. Cristina quiso sentirlo más cerca, lo deseaba y lo amaba, y ya no había dudas. Sus manos comenzaron a desabrochar los botones de la camisa de Matt. Pero de repente, él la detuvo, dejó de besarla y le tomó las manos entre las suyas.

—No, mi amor. Esta vez haré las cosas bien —dijo antes de besarle el dorso de las manos—. No quiero precipitarte, te esperaré el tiempo que quieras.

Ella frunció el entrecejo.

—No quiero esperar nada. Te amo y quiero que me hagas el amor.

—Pero...

—Matt —comenzó ella en tono lastimero—. ¿Acaso no me deseas tanto como yo a ti?

Cristina se abalanzó sobre él para besar su cuello y susurrar a su oído cuánto lo amaba y lo deseaba.

—Tú lo has pedido —dijo él fingiendo resignación. La tomó en sus brazos y la llevó a su habitación.

Y de nuevo volvieron a unir sus cuerpos y sus almas, seguros de su entrega, sabiéndose amados, felices de saber que su amor siempre sería indestructible.

Momentos después de su apasionado interludio, en medio de suaves besos y dulces caricias, a lo lejos se oyó el repicar de doce campanazos.

—Son las doce —dijo Matt—. Feliz Navidad, mi amor.

Ella sonrió.

—Feliz Navidad. Esta es la mejor Navidad de toda mi vida.

—Y eso que no te he dado tu regalo —dijo él apartándose un poco de ella y abriendo el cajón de la mesita

de noche—. Lo compré hoy mismo. No podía esperar más para dártelo.

Cristina vio la cajita de terciopelo rojo que Matt tenía en sus manos. ¿Sería acaso...?

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó Matt abriendo la cajita y dejando ver un precioso anillo con un luminoso diamante.

Los ojos de Cristina se anegaron por la felicidad. ¿En serio Matt le estaba pidiendo que se casara con él? ¿No era esto un sueño? ¿No era su mayor fantasía?

—Matt —dijo ella en medio de sollozos de felicidad—. Es hermoso...

—¿Y esas lágrimas significan que sí o que no? —preguntó él.

Cristina sonrió y lo abrazó estrechamente antes de besarle con pasión.

—Significan que te amo, que estoy feliz, que quiero ser tu esposa y que quiero estar contigo para siempre.

Matt le puso el anillo y besó su mano antes de volver a tomarla en sus brazos y apoderarse de sus labios con su boca.

—Yo... —comenzó Cristina. —Nunca te he pedido perdón por...

—Shhh —dijo él poniendo un dedo sobre sus labios—. No hay nada que perdonar. Lo que importa es el presente, y el futuro, un futuro que conquistaremos juntos.

Ella sonrió y lo besó.

—Yo no tengo un regalo de Navidad para ti —dijo Cristina con tono acongojado rompiendo el beso.

—Tu amor es el regalo más hermoso que me han dado en cualquier Navidad. Te amo.

—Y yo te amo a ti —dijo ella antes de que él volviera a besarla y juntos se adentraran nuevamente al maravilloso mundo del amor.

Y así debía ser, pues de todos los regalos que se puedan dar en Navidad, o en cualquier fecha, el más hermoso de todos es el amor.

FIN

Sobre la autora

Siempre me ha gustado la literatura. En la infancia leía cuentos, más tarde mi interés se volcó sobre la novela policíaca. Pero encontré mi verdadero género cuando casi por accidente encontré una novela romántica. En cuanto la terminé, supe que mi vida literaria no volvería a ser igual. Durante muchos años leí este magnífico género y un buen día, me dije que podría intentar crear mis propias historias. De súbito vino a mi mente una idea y comencé a darle forma, poco a poco nació mi primera novela romántica. En ocasiones fue difícil y creí que no lo lograría, pero finalmente la terminé. Le gustó a quienes lo leyeron y las lectoras me animaron a escribir más. Me dije que tenía el don para hacerlo, para crear mundos con palabras y he continuado con esta afición que poco a poco se convierte en mi vida.

Otros títulos

Hermosa Impostora

Misión Encubierta

Las Rosas de los Viernes por la Tarde

El corazón de Anabel

Mientras Recuerdo

Sueños

Amor Milagroso

Corazones Lastimados

Heridas del Alma

Vuelve a mí

Atrévete a Amarme

Relatos de libre descarga

Escapando hacia tus brazos

Prisionera del Diablo

Un regalo de Navidad

Volverás a amarme en Navidad

Misión Encubierta

Serie Amor y Mentiras, 1

Sonia es una joven policía que tiene una misión: encontrar a los tratantes de blancas y dismantelar la peligrosa red internacional. Así que entra de manera encubierta a la agencia de modelaje desde donde se llevan a cabo los turbios negocios. El único problema es que Gabriel no parecía el culpable de todo eso... ¿o era que su naciente atracción hacia él no le permitía ver la realidad?

Gabriel, uno de los dueños de MAGA'S, pareció volver a la vida al conocer a Sonia, la nueva modelo de la agencia. No se parecía a su frívola y traicionera novia: Sonia era inteligente, tierna, totalmente sincera y transparente... ¿o no?

¿Era él tan íntegro y sincero como lo parecía? ¿Lo era ella?

Las Rosas de los Viernes por la Tarde

Serie Amor y Mentiras, 2

Después de casi cinco años, Mariana García ha olvidado el pasado y ha sanado las heridas de su alma y su corazón.

Entonces Leonardo del Valle decide reaparecer para atormentarla y reclamar lo que él mismo rechazó. Ha vuelto decidido a recordarle el pasado compartido hasta con los mínimos detalles como las rosas que le regalaba siempre los viernes en la tarde.

Y aunque Mariana ya lo ha desterrado de su corazón, no puede evitar recordar lo vivido y volver a experimentar los mismos sentimientos cada vez que lo ve. ¿Todavía lo ama? No puede ser. En el pasado le hizo mucho daño y ahora ha vuelto más decidido que nunca para inquietarla. ¿Entonces por qué no puede dejar de pensar en él?

El corazón de Anabel

Serie Amor y Mentiras, 3

Anabel Medina ha sido desahuciada por su médico: a menos que encuentren pronto un donante de corazón, morirá a más tardar en un año. En vez de encerrarse a llorar su desgracia, decide que ese último año será el mejor de su vida, lo disfrutará al máximo antes de irse para siempre. Lo que ella no prevé es conocerá a Franco Solís, un hombre como ninguno.

Franco decide tomar un crucero para ver si por fin deja de pensar en la mujer que ha amado desde siempre, una que ahora está felizmente casada con otro. Jamás se imaginó que en ese viaje conocería a Anabel, una mujer hermosa y sensual que lo hace conocer el amor.

La química es instantánea entre los dos, pero Anabel sabe que lo suyo no durará. ¿Cómo decirle a Franco que morirá dentro de poco? ¿Qué debe hacer para evitar que él sufra por su muerte?

Sueños

Serie De La Peña, 0

Ambientada en la década del 50, esta es la historia de dos almas que sin saberlo –y sin quererlo- encontrarán sus sueños donde menos los esperan.

Samuel de la Peña tiene un sueño: fundar una empresa textilera y de trajes. Sabe que no es fácil, pues su origen humilde le exigirá comenzar desde abajo para ascender poco a poco. Sin embargo, sabe que con esfuerzo lo podrá lograr.

Mercedes también tiene un sueño: encontrar el amor de su vida. Aunque es feliz con su padre, que le ha dado todos los lujos y comodidades que ha querido, quiere sentirse amada y rodeada de una gran familia.

Estos jóvenes se encontrarán sin sospechar que juntos podrán alcanzar sus sueños, a pesar de la enorme diferencia de clases sociales, los prejuicios de la época y los malos entendidos.

Amor Milagroso

Serie De La Peña, 0

Hasta hace menos de un año, Carolina Gámez de la Peña era una joven alegre y dulce. Después del accidente que le quitó la vida a su padre y que la dejó a ella en silla de ruedas, es una mujer pesimista y amargada. Su invalidez le ha quitado todo, y aunque los médicos le han dicho que tiene posibilidades de volver a caminar, ella teme no conseguirlo, y más si su curación depende de su propia mente.

Julián Maldonado, un psicólogo que ha ayudado a muchos pacientes, no se ha curado a sí mismo de la culpa que le dejó el haber asesinado accidentalmente a su mejor amigo. Su mentor le asigna el difícil caso de Carolina. ¿Podrá ayudar a la bella joven inválida a alejar la culpa que le impide caminar, cuando él mismo no ha podido superar sus propios demonios?

En medio de terapias psicológicas nace un amor milagroso que podrá redimirlos o vencerlos para siempre.

Corazones Lastimados

Serie Prisioneros, 1

Fabián tiene el corazón lastimado. Hace doce años fue enviado a prisión por la violación y asesinato de su novia. Fue la familia de la muchacha quien lo acusó con saña sin importar si era culpable o no, basándose en pruebas y testigos falsos. El joven se llena de odio y jura vengarse de todos ellos. Por eso ahora, después de demostrar su inocencia y recuperar su libertad, llega con un plan para hacerles pagar por todo su sufrimiento.

Valeria no merece la venganza de Fabián. Ella no tuvo la culpa de que sus padres lo acusaran por lo que le sucedió a su hermana, de hecho, ella también ha sido víctima del desamor y apatía de su familia desde siempre; también ella tiene el corazón lastimado. Se dice que no permitirá que se salga con la suya: ella también puede ser obstinada y luchar contra él, más si con su venganza busca herirla injustamente.

Sin embargo, las cosas no siempre salen como se planean, y cuando el destino los lleva a transitar por caminos insospechados, Fabián y Valeria podrían darse cuenta de

que juntos pueden sanar sus corazones, o permitir que el rencor los destruya para siempre.

Cuando dos corazones lastimados se reencuentran pueden salvarse juntos por la magia del amor o condenarse para siempre bajo la venganza y el rencor.

Heridas del Alma

Serie Prisioneros, 2

La verdadera prisión de Melissa González no es esa de paredes frías y barrotes de acero en la que se encuentra desde hace siete años, sino la de su alma atormentada por haber asesinado a un hombre. Por eso ha aceptado un destino de encierro. Sin embargo, su vida da un vuelco al conocer a Alejandro Olivares, un abogado firmemente dispuesto a sacarla de prisión, un hombre que no es otro sino aquel que ella creyó asesinar tantos años atrás. No comprende por qué quiere ayudarla, cómo es posible que haya cambiado tanto, y por qué no la recuerda. Entonces decide dejar atrás el pasado y comenzar una nueva vida.

Para Alejandro, aquella mujer es un verdadero enigma: hermosa, dulce y sumamente hermética en cuanto a su pasado. Lo único que sabe es que quiere ayudarla y que existe una fascinante química que lo atrae hacia ella. Está decidido a conocer hasta su último secreto. Siempre ha sido un hombre que consigue lo que se propone, y sabe que lo logrará, así como conseguirá hallar a la mujer que asesinó

tan cruelmente a su hermano gemelo nueve años atrás para hacerla pagar por su crimen.

Entre Melissa y Alejandro nace un sentimiento puro y verdadero, un amor que tendrá que ser fuerte para luchar contra el pasado y la maldad.

Vuelve a mí

Serie Duvergier, 1

Madelynn Buckhurst es una joven tímida y triste. Huérfana desde niña, debe soportar los constantes maltratos de su abuelo, su tía y sus primas por cargar el estigma de ser una bastarda. Por eso, su vida se ilumina cuando el maravilloso Richard Arbuckle, Marqués de Clarendon, pide su mano en matrimonio y con ello pone fin a una vida de humillaciones y dolor. Lo que Madelynn no sabe es que Richard no se casa con ella por amor. Cuando lo descubre toma una decisión radical: huir de él.

Richard no se quedará de brazos cruzados; la buscará y no se detendrá hasta recuperarla. Desde que la conoció se dijo que iba a retribuirle a la joven la bondad que él recibió de su madre tantos años atrás, sin importar que no haya amor, el agradecimiento será suficiente.

Durante la huida, Madelynn encontrará respuesta a muchos secretos relacionados con su origen y Richard admitirá que sus sentimientos son más profundos de lo que él cree. ¿Estarán a tiempo para volver a amarse, o las circunstancias y el pasado los separarán para siempre?

Atrévete a Amarme

Serie Duvergier, 2

Constance Duvergier no quiere dar alas al amor que siente por un hombre que jamás se fijaría en ella. Vio sufrir a su madre por un amor no correspondido, así que prefiere vivir ahogando ese sentimiento. Sin embargo, al sufrir un golpe en la cabeza, de súbito se cree la enamorada heroína de una novela que acaba de leer: parece otra mujer, una que no teme en confesar y demostrar sus sentimientos al amado.

Michael Pirard ha sido encargado para ir al campo a buscar a Constance y acompañarla a Londres. Cuando la muchacha se accidenta se lleva un susto de muerte, pero nada comparado con el pavor que siente en el momento en que ella despierta para confesarle su amor... Esa no es la Constance que él conoce.

Mientras el universo conspira para que la situación empeore en vez de solucionarse, Michael no puede evitar sucumbir ante la seducción de una mujer que antes creía bastante seria y recatada, y que ahora le parece hermosa, apasionada y sensual.

Pero el estado de Constance no es permanente, de repente vuelve a ser la de siempre solo para descubrir que... ¡ha seducido a Michael, el hombre al que no se atreve a amar!

Mientras Recuerdo

Esmeralda despierta en el hospital sin recordar absolutamente nada: ha perdido la memoria por completo. Le dicen que ha sufrido un accidente, pero ningún pariente o amigo la ha buscado aún. Así que sólo puede aferrarse a la ayuda que le brinda el guapo policía que tiene su caso y que le ofrece su hogar mientras recuerda su identidad o encuentra a su familia.

Pero las intenciones de Pedro Luis no son tan honorables: tener a la joven en su departamento sólo es una estrategia para develar lo que realmente sucedió cuando la joven tuvo el accidente.

A pesar de todo, la atracción y la pasión entre Esmeralda y Pedro Luis nace sin que puedan evitar dar rienda suelta a lo que sienten.

¿Cambiarán los sentimientos cuando la joven recuerde quién es y cuáles son los motivos reales por los cuales Pedro Luis la ayudó?

Hermosa Impostora

Sara Simmons es una joven humilde que ha quedado con la obligación de cuidar a sus hermanos menores, Thomas y Daphne, después de la muerte de sus padres. Un día un hombre se aparece en la puerta de su casa proponiéndole un extraño trato: hacerse pasar por Arabella McClelland, que desapareció hace catorce años, cuando apenas era una niña de siete. A Sara tal petición le parece inconcebible, aun más cuando dicha dama es una condesa y no tiene más parecido con ella que un lunar en forma de lágrima debajo del ojo izquierdo.

Malcolm McClelland sabe que esa mujer que llega diciendo que es Arabella no puede serlo. No es más que una embaucadora que quiere aprovecharse de un rasgo que compartía con la niña desaparecida para robar la fortuna y la calma de la familia, además de hacer daño. De manera que jura desenmascararla a cualquier precio.

Pero conforme va pasando el tiempo entre Sara y Malcolm nace una atracción más fuerte que la rivalidad, además él se da cuenta que ella no es la embaucadora que él creía... y como si eso no fuera suficiente, las cosas se complican cuando alguien quiere deshacerse de Sara...

Escapando hacia tus brazos

Annushka y su familia están en peligro; las cosas en el país se complican, los comunistas se han tomado el poder y al pertenecer a la realeza será aniquilada. Huir es prioritario, pero jamás se imaginó que su refugio serían los brazos de su enemigo.

A Sergei se le ha encomendado cuidar de esta familia aristocrática que deberán ser ajusticiados, pero además de no estar de acuerdo con la determinación, se ha desilusionado de la causa por la cual peleaba y las injusticias que ha visto. La bella mujer que debe custodiar no debe sufrir la ira del partido.

En medio de la Revolución Rusa, nace un amor que será más fuerte que las políticas, los odios y las ideologías.

Prisionera del Diablo

Jack Farrel, un pirata apodado El Diablo, ha sido encomendado para buscar el tesoro robado de su gran Capitán el bucanero Henry Morgan. Con sorpresa nota que quien lo ha robado es una jovencita temeraria que niega el hecho, así que no puede hacer otra cosa que hacerla su prisionera hasta que confiese qué ha hecho con el botín.

Anne no sabe nada de tesoros ni de piratas. Lo único que sabe es que ese hombre al que llaman El Diablo la hace experimentar sensaciones que nunca pensó que existieran.

Un regalo de Navidad

Serie Amor en Navidad, 1

Hace mucho tiempo, Cristina cometió un error que dejó a su familia profundamente herida. Ahora, ella quiere darles a su padre y su madrastra un regalo de Navidad que haga sus vidas más felices y enmiende los errores que ella cometió en el pasado. A pesar de que sabe que no será fácil, lo intentará con todo su corazón. ¿Podrá tener éxito?

Matt nunca pensó que vería a Cristina de nuevo, no después de lo que pasó tantos años atrás. Sin embargo, ella está allí, así que se dice que llegó la hora de actuar.....

Volverás a amarme en Navidad

Serie Amor en Navidad, 2

Los seis maravillosos años de amor y unión entre Matt y Cristina se ven empañados por la falta de hijos. La joven está convencida de que es su culpa, y como no podrá darle hijos a su esposo, piensa que lo mejor es divorciarse a fin de que él pueda rehacer su vida con una mujer que le dé la posibilidad de ser padre. Por eso decide abandonarlo.

No obstante, Matt no se resignará a perder a la mujer de su vida y va tras ella con un firme propósito: recuperar su amor antes de Navidad.

Contacto

E-mail	mary.heathcliff@gmail.com
Blog	http://maryheathcliff.blogspot.com/
Web	http://maryheathcliff.tk
Facebook	http://www.facebook.com/maryheathcliff
Google +	https://google.com/+MaryheathcliffBlogspotMH
Twitter	https://twitter.com/Mary_Heathcliff
Youtube	http://www.youtube.com/user/maryheathcliff

Tiendas online

Amazon	http://author.to/MaryHeathcliff
Smashwords	http://bit.ly/SmashWordsMH
CreateSpace	http://bit.ly/CreateSpaceMH
Barnes & Noble	http://bit.ly/BarnesNobleMH
iTunes iBookstore	http://bit.ly/iTunesMaryHeathcliff
Kobo	http://bit.ly/KoboMaryHeathcliff
Xinxii	http://bit.ly/XinxiiMH
Casa del Libro	http://bit.ly/CasaLibroMH
Payhip	https://payhip.com/maryheathcliff

Descargar el catálogo completo <http://goo.gl/Kgo8uL>